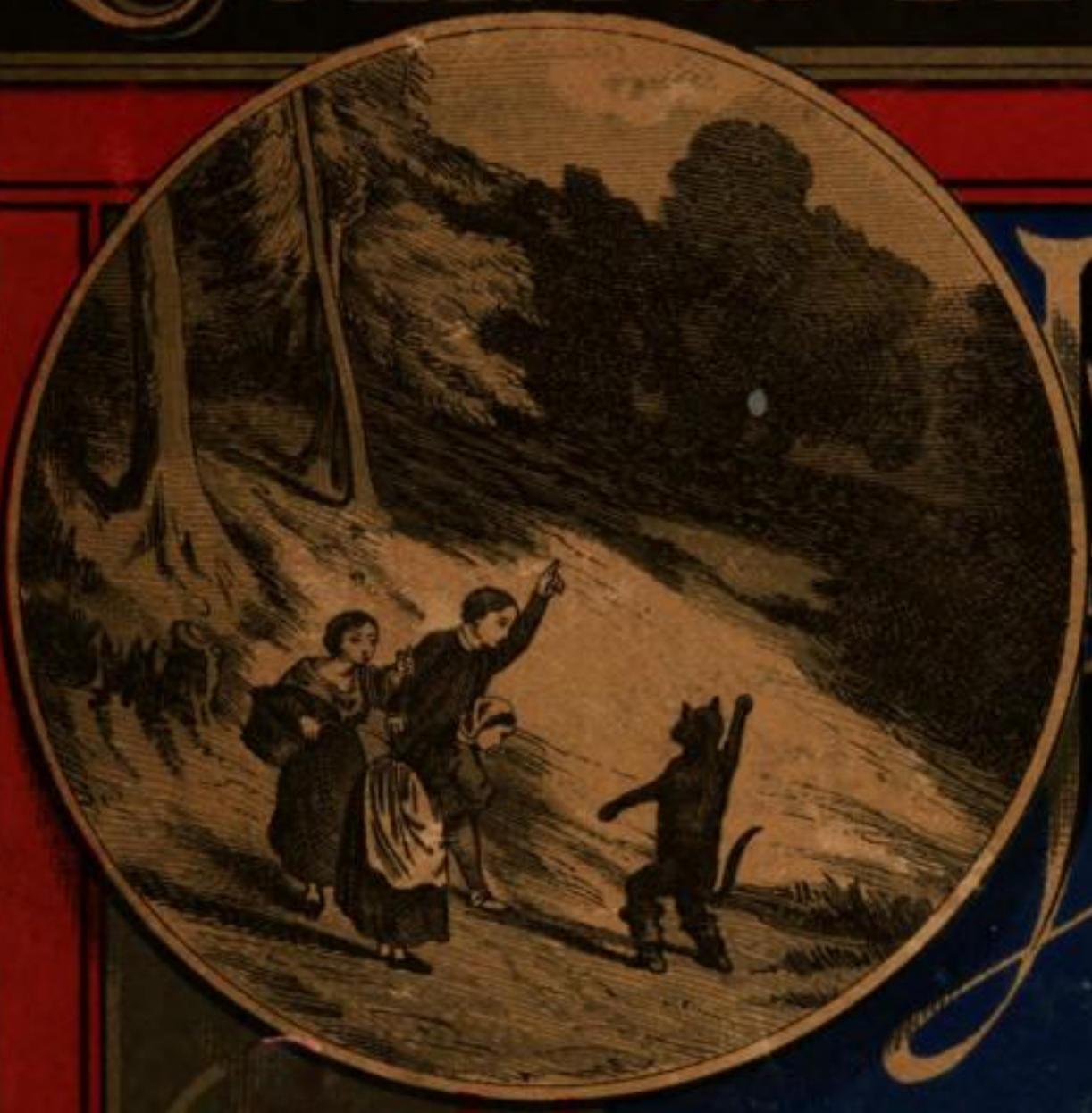
Cuentos de Hadas



Biblioteca de la Adolescencia

J. y A. Bastinos
EDITORES
Barcelona.

Digitized by Google

GENERAL LIBRARY
—OF—
UNIVERSITY OF MICHIGAN.

PRESENTED BY
Spanish Commissioner World's Fair
Chicago 1893

848
P454h
tB26

BIBLIOTECA

DE LA

ADOLESCENCIA.

CUENTOS DE HADAS

44169

POR

Charles

CÁRLOS PERRAULT

TRADUCIDOS POR

D. TEODORO BARÓ.

Ilustrados con 25 grabados

POR VICENTE URRABIETA Y JULIAN BASTINOS.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES.

Boquería 47, S. Honorato 3, Ronda de S. Antonio 95.

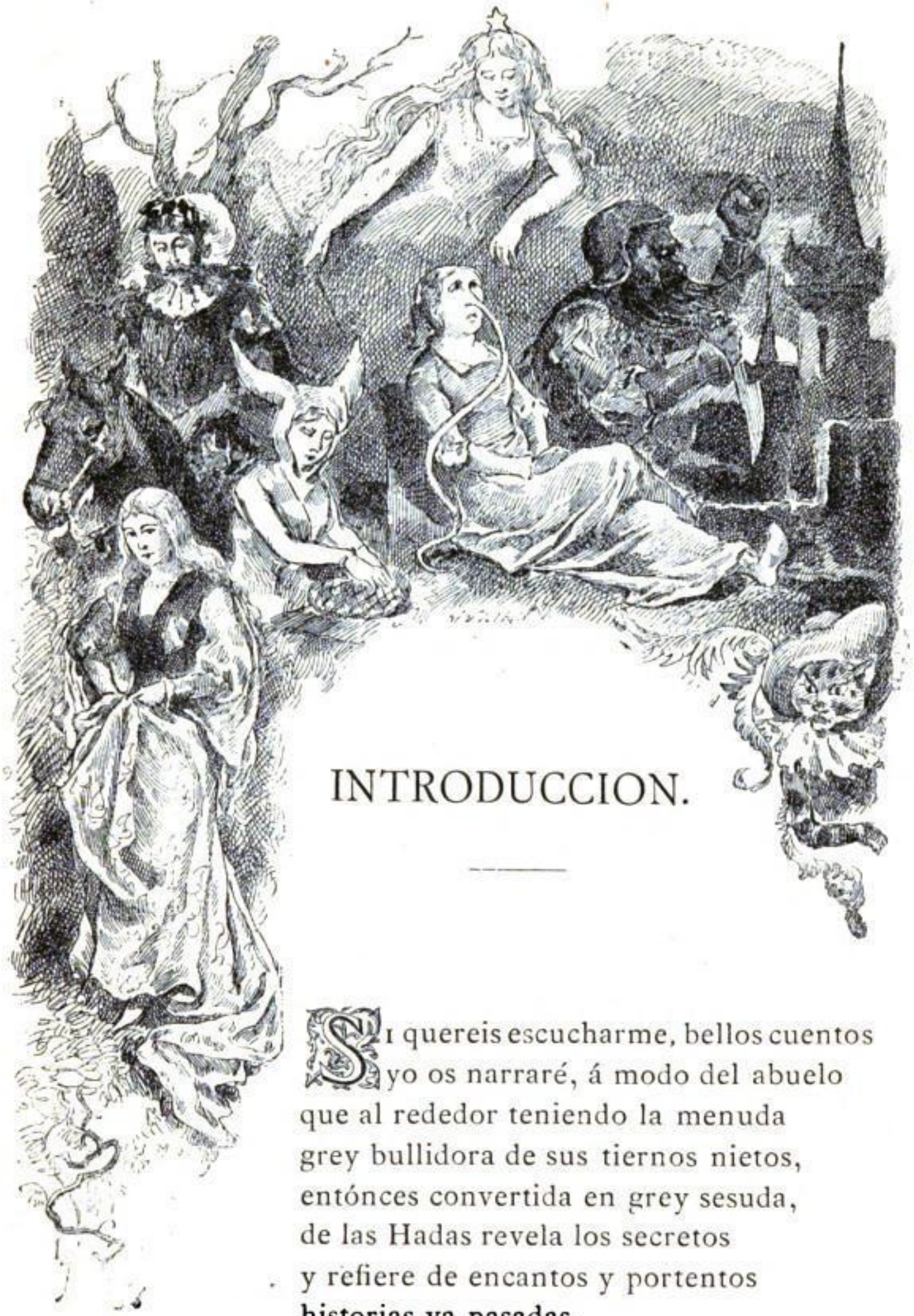
1883.

Digitized by Google

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Imprenta de Jaime Jepús, pasaje Fortuny (antigua Universidad).

Digitized by Google



INTRODUCCION.

Si quereis escucharme, bellos cuentos
yo os narraré, á modo del abuelo
que al rededor teniendo la menuda
grey bullidora de sus tiernos nietos,
entónces convertida en grey sesuda,
de las Hadas revela los secretos
y refiere de encantos y portentos
historias ya pasadas,
que en la mente se quedan bien grabadas.
Abrid el libro, y hallareis primero
ejemplo de paciencia
en *Grisélida* bella,
que de pastora se elevó á princesa;
palideció su estrella,

Classed 11-2-31 XVIII

Digitized by Google

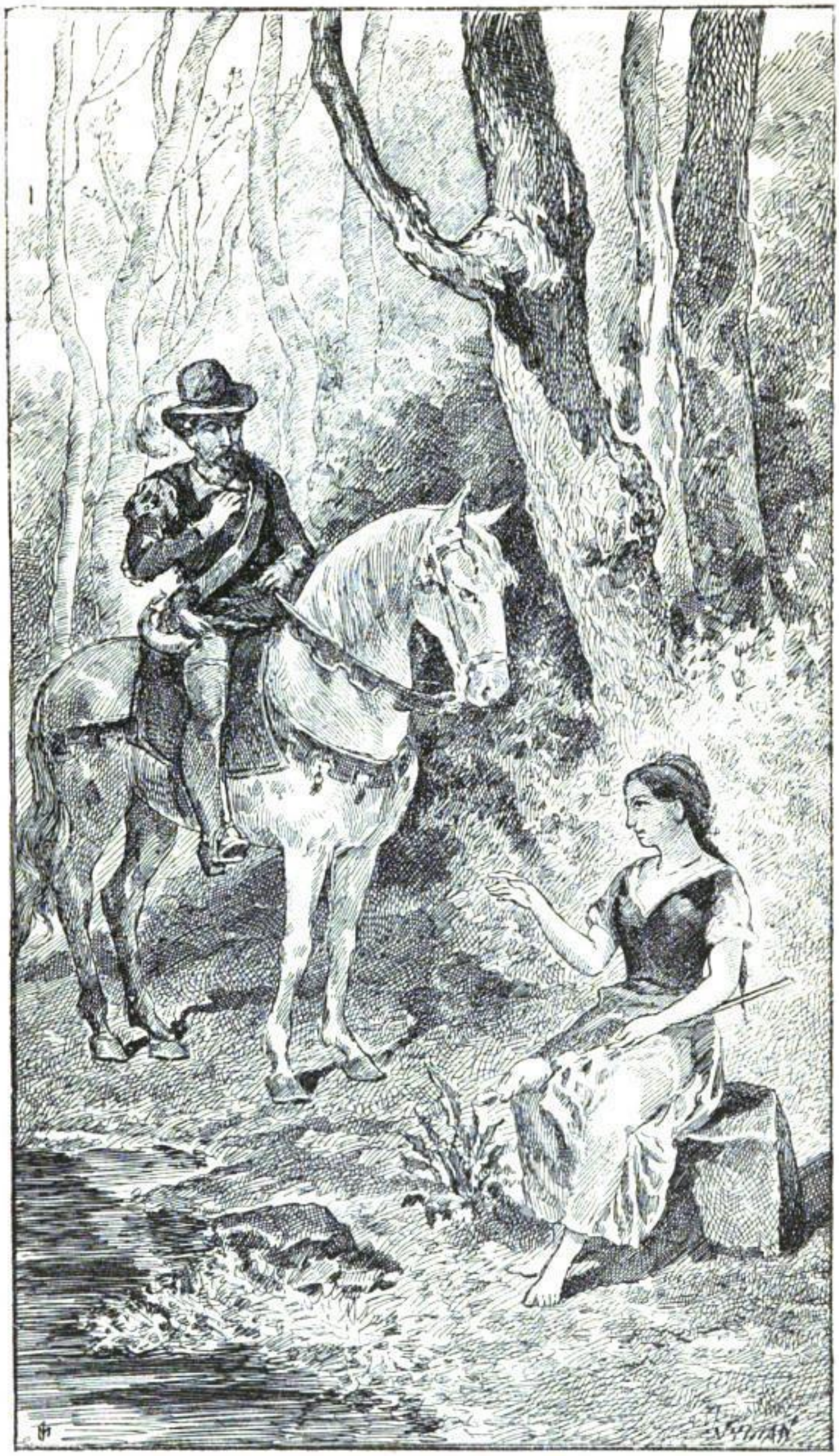
de la muerte luchó con la inocencia,
y al fin vió coronadas
sus virtudes, por todos alabadas.
Si os entretiene el uno, el otro venga
muy humilde de nombre,
pero acaso el leerlo os entretenga,
que tras vestido mísero, un grande hombre
puede ser que se esconda,
como aquí una princesa muy hermosa
debajo de un pellejo, ¡y qué pellejo!
de un asno, que barrunto era asno viejo.
Muy cortita hallareis, pero preciosa
la historieta siguiente
que de un modo evidente
nos revela que á veces nos quejamos
y salimos de quicio,
de vicio, sí señor, de puro vicio,
y ciframos la dicha
en comernos sus tres palmos de salchicha.
Es *Hermosa durmiente* la que viene,
y por cierto que tiene
su enseñanza, que está en la moraleja,
que muy bien terminado el cuento deja.
Caperucita roja es una niña
que os dirá que hay que huir del lobo fiero
que suele convertirse en marrullero.
¡Barba azul! Su perilla es una piña;
es feroz, es cruel, es sanguinario,
lo que se llama un hombre estrafalario;
mas su mujer, oh niños, es curiosa,
y vereis como el serlo es mala cosa.
Maese Zapiron es un gatazo
que al más listo le pega un gran bromazo,
y de un modo patente nos revela
que, si bien la riqueza vale mucho,
no vale ménos el ser hombre ducho.
Si sois buenos, las *Hadas* sus favores
os prodigan; en cambio si sois malos

Digitized by Google

no os dan perlas ni flores,
pero palos, oh sí, muy buenos palos,
y á sentir os obligan sus rigores.
Tambien los de la suerte, *Cenicienta*
probó; pero de pronto vió trocada
en morada opulenta
la bajeza á que estaba relegada,
y al hallarse en princesa convertida
no recordó la ofensa recibida.
Se presenta en escena
un príncipe muy feo,
por más señas el príncipe *Roquete*,
y por añadidura *el del Copete*.
Vuestro gesto ya veo:
aquí no hay cosa buena,
tal vez digais; y á fé que el que discurre
de esta manera, en grande error incurre,
que á veces hay buen vino en tosca copa
y en mal plato excelente y rica sopa.
Si la duda os quedara,
Meñiquin, que es un chico diminuto,
la desvanece en ménos de un minuto.
Presentados ya están los personajes;
la página volved, id al asunto,
que yo, con vuestra vénia y sin ambajes,
fin doy á mi tarea y pongo punto.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

GRISÉLIDA.

No léjos de los Alpes vivia un príncipe, jóven y bravo, en quien la naturaleza habia agotado sus dones, y de todos muy amado. Su instruccion era distinguida, su valor en la guerra le había ganado justa fama y su aficion á las Bellas Artes era mucha. A fuer de hombre de elevados sentimientos, deseaba realizar grandes proyectos y cuanto puede hacer digno á un príncipe de ocupar un puesto privilegiado en las páginas de la historia, distincion que se propuso merecer dedicándose con predileccion á labrar la felicidad de su pueblo, por parecerle esta gloria más sólida que la que se conquista en los campos de batalla. Pero tenia el príncipe un defecto, cosa nada rara, pues la perfeccion es difícil si no imposible. Y consistia en su monomanía contra las mujeres, porque en ellas sólo veia engaño y perfidia. Otros tienen tal preocupacion, necia y vulgar, que, por lo visto, tambien puede alcanzar á los grandes

Digitized by Google

de la tierra. Por tal idea dominado hizo el propósito de permanecer soltero, con gran disgusto de sus súbditos, quienes, por lo demás, estaban de él muy contentos, pues empleaba la mañana en el despacho de los negocios del Estado, procurando administrar recta justicia, amparar á los débiles, á las viudas y á los huérfanos y disminuir los impuestos. La tarde la dedicaba á la caza.

Temerosos sus súbditos de que al morir tan buen príncipe no hubiese quien le sucediera en el trono, resolvieron enviarle una diputacion para suplicarle que se casara. Buscóse el mejor de los oradores para que pronunciara el discurso. El elegido pasó muchos días estudiando lo que había de decir al príncipe, y, por último, le soltó la arenga delante de los comisionados, pronunciándola con aire grave y diciéndole, en resúmen, que la felicidad del Estado exigia que contragera matrimonio.

El príncipe contestó:

—Vuestras palabras patentizan vuestro afecto, y deseo complaceros; pero debeis tener presente que el matrimonio es asunto delicado, pues muchas jóvenes, modestas, pudorosas y buenas al lado de sus padres, se transforman una vez casadas, y se convierten en malas cualidades las que ántes eran excelentes. La cándida se trueca en coqueta, la prudente en alborotadora, la que era alegría de su casa en infierno de la del marido; la económica en derrochadora, la modesta en imperiosa, y la que no osaba levantar la voz en el hogar paterno, quiere mandar en absoluto en el del esposo. Me espantan tales defectos; pero como quiero contentaros, buscad una

Digitized by Google

jóven beldad sin orgullo, sin vanidad, obediente, que no tenga más voluntad que la de su marido, y cuando hayais dado con ella, será mi esposa.

Dada la respuesta, el príncipe montó á caballo, y á escape dirigióse en busca de su traílla, que se había adelantado y le esperaba en la llanura. En cuanto llegó, soltáronse los perros, resonaron las trompas y comenzó la cacería, ganándoles á todos en ardor; y tanto fué este y tanto se alejó de su comitiva, que al detener el caballo cubierto de sudor despues de una vertiginosa carrera, observó que estaba solo y que no oia los ladridos de los perros ni los ecos de las trompas.

Hallóse en un sitio encantador, donde los arroyuelos murmuraban, las flores del prado perfumaban el ambiente y los verdes árboles daban fresca sombra; y mientras estaba extasiado en la contemplacion de la naturaleza, apareció á su vista una jóven; y tal efecto le produjo, que creyó eran los ojos del corazon los que la miraban, no los del cuerpo. La jóven era una pastora que estaba apacentando su rebaño y mientras tanto hilaba á orillas de un arroyo. Su tez era blanca, sus mejillas recordaban las rosas, sus labios el clavel, sus ojos el azul del cielo y su mirada la luz de las estrellas.

El príncipe no se cansaba de mirarla; dirigióse hácia ella, y como al ruido levantase la cabeza y le viera, de tal manera tiñóse de grana su rostro, que el principe creyó que aquel día la aurora se había asomado dos veces al horizonte. Debajo de su rubor el príncipe descubrió una sencillez, una dulzura, una sinceridad de que había creido incapaz al bello sexo,

Digitized by Google

y presa de una emocion por él hasta entónces desconocida, se acercó con timidez á la pastora y le dijo:

—He perdido de vista á mis compañeros. ¿Podríais decirme si la cacería ha pasado por aquí?

—Nó, señor, contestó la jóven; pero os enseñaré un camino que os llevará al lado de vuestros amigos.

—Gracias, bella jóven, añadió el príncipe. Muchas veces he estado en estos lugares, pero hasta ahora no he sabido ver lo más precioso que hay en ellos.

Al decir estas palabras, inclinóse para beber en el arroyo y apagar la ardiente sed que le devoraba.

—Esperad un momento, añadió ella.

Saltando como un jilguero, fué á su cabaña y volvió con la sonrisa en los labios ofreciendo al príncipe un vaso que, con ser de barro, parecióle más precioso que los de oro y plata. Luego de haber bebido guióle la pastora á través del bosque, fijándose el príncipe en el sitio por donde pasaban, porque deseaba ver de nuevo á la jóven. Por último, descubrieron la llanura y á lo léjos el palacio del príncipe, quien se separó de la pastora no sin tristeza; y en ella pensando, á paso lento se encaminó á su suntuosa morada. Tan grabada tenía su imágen en su corazon, que al día siguiente salió á cazar más temprano que de costumbre, y guiándose por sus recuerdos, dió con el arroyo, con el rebaño y con la pastora.

Trabó conversacion con ella y supo que era huérfana de madre y vivía con su padre, siendo su nombre Grisélida. De los frutos de la tierra se alimentaban y de la leche de las ovejas, cuya lana hilaba, tejiéndose los vestidos sin recurrir para nada á la

Digitized by Google

ciudad. Á medida que oia á la jóven, la llama del amor iba en aumento en el corazon del príncipe, porque se le aparecian las bellezas del alma de la pastora. Con sentimiento despidióse de ella, y al llegar á su palacio mandó reunir su consejo y le dijo:

—Mis pueblos quieren que me case, y accediendo á sus deseos, he buscado la mujer que ha de compartir conmigo el trono. Entre vosotros la he hallado y es hermosa, prudente y honesta. Al elegirla de este pais, he hecho lo que mis antepasados muchas veces hicieron. No os diré quién es la preferida hasta el dia de la boda.

La noticia cundió con tanta rapidez que al poco rato no hubo quien la ignorara, siendo general la alegría y grande la satisfaccion del orador que había expuesto al príncipe la conveniencia de casarse, pues atribuía únicamente á su discurso el mérito de la resolucion. Cada jóven creyó que ella era la elegida y todas se vistieron con coquetería, hablaron con melindre y se peinaron con esmero. Comenzaron los preparativos para los festejos públicos; se levantaron arcos, se construyeron preciosos carros triunfales, se prepararon castillos de fuegos artificiales y se anunciaron funciones gratuitas.

Por fin llegó el tan esperado dia de las bodas, y ántes de amanecer ya estaba todo el mundo levantado, en particular las jóvenes casaderas, que esperaban la llegada del mensajero que debia pronunciar el nombre de la elegida. El pueblo lanzóse á la calle, donde los soldados mantenían la circulacion. Resonaron músicas, clarines y tambores en el palacio, y por último salió el príncipe rodeado de su corte,

Digitized by Google

siendo acogido por entusiastas aclamaciones. Siguiéronle todos con la mirada, y general fué la sorpresa al verle salir de la ciudad y dirigirse al vecino bosque como tenia por costumbre todos los dias. La alegría trocóse en desencanto, pues el pueblo supuso que, dominado por su pasion por la caza, había dado al olvido la boda.

La sorpresa de la corte no era menor que la del pueblo, y fué en aumento cuando el príncipe se internó en lo más profundo del bosque. Al llegar delante de la cabaña de la pastora, se detuvo. En aquel entónces salía Grisélida con un vestido nuevo, pues hasta ella habia llegado la noticia del casamiento y quería ir á la ciudad para ver los festejos.

—¿A dónde vais? le preguntó el príncipe con amoroso y dulce acento, mirándola tiernamente. No apresureis el paso, pues la boda no puede realizarse sin vos. Yo soy el príncipe y os he elegido entre todas las bellezas de este país para pasar con vos el resto de mis dias, si mi corazon halla correspondencia en el vuestro.

Llena de asombro y dominada por la emocion, la pastora balbuceó:

—¡Ah, señor; cómo he de creer que sea cierto lo que decís, si soy una humilde campesina!

—Pero reináis en mi corazon. Vuestro padre, á quien he hablado, consiente en que seais mi esposa, y para la boda sólo falta vuestro consentimiento. Deseoso de que la tranquilidad impere en mi hogar, os ruego jureis que nunca tendreis otra voluntad que la mia.

—Lo prometo y lo juro, contestó ella. Aunque

Digitized by Google

me hubiese casado con el último aldeano, su yugo me sería dulce y en todo le obedeciera. ¡Cuánta no será mi obediencia si hallo en vos mi señor y mi esposo!

La corte aplaudió la eleccion. Las señoras que formaban parte de la comitiva entraron con Griséli-da en la cabaña y la pusieron los vestidos que llevan las novias de los reyes; y todas se esmeraron en su obra, admirando mientras tanto el aseo de aquella pobre morada, que se cobijaba á la sombra de un plátano y parecía una mansion llena de encantos.

Al aparecer Grisélida, todos aplaudieron y celebraron su belleza realzada por el rico traje; pero el príncipe casi casi hubiera preferido verla con los sencillos vestidos de pastora. Los novios tomaron asiento en un soberbio carro de oro y de marfil y el príncipe mostróse más orgulloso al lado de Griséli-da que cuando hacía su entrada triunfal despues de haber obtenido una victoria. Seguidos de la corte se pusieron en marcha, y ántes de llegar á la ciudad encontraron á todos sus habitantes que se habian esparramado por la llanura esperando con impaciencia el regreso. El carro rodaba con dificultad por entre la inmensa muchedumbre, que en cuanto pasaban los novios se unía á la comitiva que avanzaba en medio de incesantes aclamaciones, tan ruidosas que muchas veces llegaron á espantar á los caballos.

Celebrada la boda fueron á palacio y comenzaron las fiestas, tan magníficas que de otras iguales no habia memoria. Grisélida, rodeada de sus damas, hablaba sin orgullo, pero como si hubiese nacido princesa; y en todo demostró tanta circunspeccion que no hubo quien no la admirara. Ajustó sus maneras

Digitized by Google

á las de la corte, procuró estudiar el carácter de cuantos la rodeaban, y al poco tiempo los gobernaba con la misma facilidad que ántes guiaba su rebaño.

Antes de terminar el año, el cielo bendijo su union y nació una princesa. Hubieran preferido sus padres un varon, pero tantos eran los encantos de la niña que en ella concentraron todo su cariño. El príncipe no se cansaba de mirarla y la madre no apartaba de ella los ojos. Grisélida empeñóse en sèr su nodriza, diciendo que nadie como ella criaria á su hija.

Fuese que su pasion hubiese disminuido ó que la mala idea que ántes se tenia formada de las mujeres se hubiese renovado, creyó el príncipe que habia poca sinceridad en las palabras y en los actos de su esposa, y comenzó á observarla primero, á vigilarla despues, á contrariarla luego; acabando por mostrarse tan extremado que no la permitió salir del palacio ni consintió que tomase parte en los placeres de la corte. Como si esto no fuera bastante, la tuvo encerrada en su aposento, mostrándose desconfiado hasta de la luz del dia, que sólo consintió entrara á medias; y, por último, pidióle de una manera brusca que le entregara todas las joyas que como prueba de amor le habia regalado el dia de su boda para que no realzara con adornos su natural belleza. Grisélida se las dió con el mismo placer con que las habia recibido, porque se dijo que entónces, como ahora, complacia á su marido, cuya voluntad debia ser la suya.

—Mi esposo y señor, pensó, me mortifica por ponerme á prueba, y hace bien, puesto que en medio de los placeres podria debilitarse mi virtud. Si tal no

Digitized by Google

es el propósito de mi marido, bendito sea Dios que prueba mi constancia y mi fé, á cuya suprema bondad soy deudora de que por medio de tantas contrariedades quiera corregir mis defectos. Bendito sea ese rigor, que por más que me haga sufrir es tan provechoso; y bendita sea la bondad paternal de Dios y la mano de que se sirve para mi salvacion!

A pesar de que Grisélida obedecía sin replicar todas las órdenes del príncipe, éste se decía:

—Su virtud es fingida y su hipócrita resignacion se debe á que no la he herido en lo que ama. Su hija ha de vencerla.

Entró en su cámara y hallóla que estaba jugando con la princesita despues de haberla amamantado.

—Mucho la amas, murmuró su marido, pero es necesario que te separes de ella porque quiero que desde la más tierna edad se formen sus costumbres y, además, preservarla de ciertos defectos que á tu lado podria adquirir. Su buena suerte ha querido que encontrase una dama de talento que sabrá infundir en su alma todas las virtudes y darle la educacion que corresponde á una princesa. Por lo tanto disponte á separarte de tu hija, pues en breve vendrán por ella.

Pronunciadas estas palabras salió el príncipe de la estancia, pues no tuvo el corazon bastante duro para presenciar el cumplimiento de sus órdenes y ver como arrebataban la única prenda de su amor á Grisélida, que llorando y abatida esperó el fatal momento. Cuando apareció la persona encargada de dar cumplimiento al mandato del príncipe, la infeliz madre murmuró:

Digitized by Google

—Es necesario obedecer.

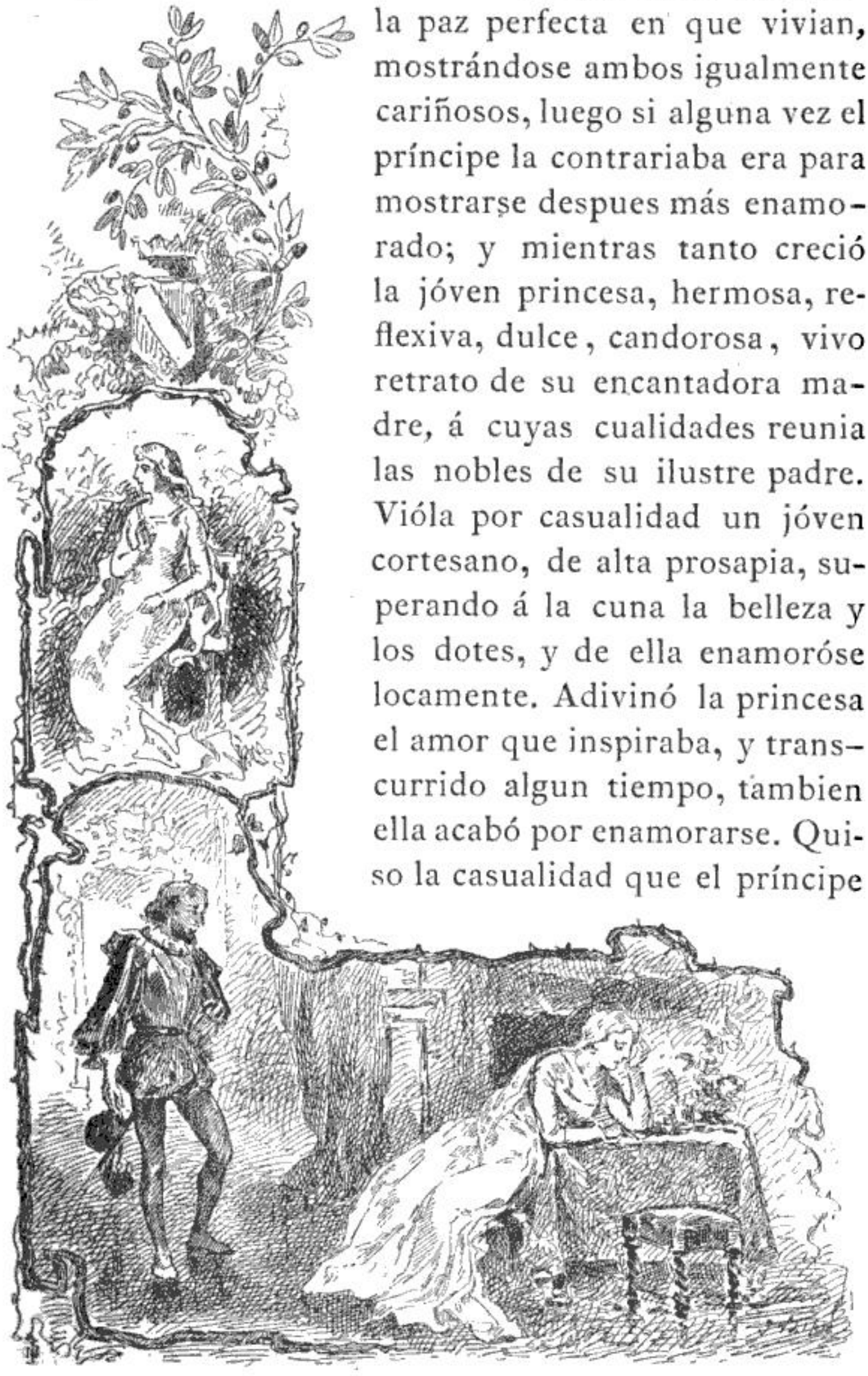
Abrazó á su hija; pareció querer devorarla con la mirada, besóla con la efusion del cariño maternal y llorando á mares se separó de ella.

Cerca de la ciudad habia un monasterio famoso por su antigüedad, habitado por monjas sujetas á una regla austera y regidas por una abadesa ilustre por su piedad. Allí fué llevada la niña sin declarar su nombre ni cuna; si bien algunas preciosas alhajas que se la hallaron, indicaron que no quedarian sin recompensa los cuidados que se la prodigaran. El príncipe se entregó con más ardor que ántes á los violentos ejercicios de la caza para ahogar la voz de su conciencia, que le reprendía su crueldad, y cuando volvió á presentarse delante de su esposa lo hizo con el recelo del que va á hallarse enfrente de una fiera á la que ha arrebatado sus pequeñuelos; pero Grisélida le recibió con la misma ternura y tuvo para él sonrisas tan dulces como en los mejores dias de su felicidad. Tal proceder conmovióle, mas logró la desconfianza dominarle; y dos dias despues, queriendo sujetar á su esposa á más rudas pruebas, le dijo con fingido sentimiento que su hija habia muerto.

Tan funesto fué el efecto producido por la terrible nueva, que el príncipe sintió por un instante el vehemente deseo de poner término al dolor de Grisélida diciéndola que la noticia era inexacta; pero siempre desconfiado, quedaron vencidos los nobles ímpetus de su corazon. La infeliz princesa procuró hacerse superior á sus penas y mostrarse cada vez más amante con su marido.

Digitized by Google

Quince años transcurrieron sin que nada turbase



la paz perfecta en que vivian, mostrándose ambos igualmente cariñosos, luego si alguna vez el príncipe la contrariaba era para mostrarse despues más enamorado; y mientras tanto creció la jóven princesa, hermosa, reflexiva, dulce, candorosa, vivo retrato de su encantadora madre, á cuyas cualidades reunia las nobles de su ilustre padre. Vióla por casualidad un jóven cortesano, de alta prosapia, superando á la cuna la belleza y los dotes, y de ella enamoróse locamente. Adivinó la princesa el amor que inspiraba, y transcurrido algun tiempo, tambien ella acabó por enamorarse. Quiso la casualidad que el príncipe

Digitized by Google

hubiese fijado la atencion en el jóven y deseara casarlo con su hija; pero siempre desconfiado, se propuso ponerle á prueba y discurrió de la siguiente manera:

—Quiero hacerles dichosos casándoles, pero ántes es necesario que la zozobra y el temor les hagan apreciar en todo su valor su felicidad. Al mismo tiempo realzaré por medio de la piedra de toque del sufrimiento la paciencia de mi esposa, no ya, como hasta el presente, para tranquilizar mi loca desconfianza, puesto que no me es posible dudar de su amor, sino para que su bondad, su dulzura, su admirable prudencia brillen á los ojos de todo el mundo y todos la respeten al admirar sus nobles y extraordinarias cualidades.

Inmediatamente manifestó á la corte que habiendo muerto la hija nacida de su matrimonio, que calificó de loco, y no teniendo, por lo tanto, sucesion, queria tomar esposa de ilustre cuna para asegurar un sucesor al Estado, añadiendo que la futura princesa habia sido educada en un convento.

Terrible fué la nueva para los jóvenes amantes. El príncipe dijo acto seguido á Grisélida que era necesaria la separacion para evitar mayores desgracias, pues indignado el pueblo de su humilde cuna le obligaba á contraer más ilustre alianza.

—Es necesario, añadió el príncipe, que volvais á vuestra cabaña, vistiendo ántes las ropas de pastora que he mandado prepararos.

La princesa oyó pronunciar su sentencia procurando mostrarse resignada y sin despegar los labios para quejarse; y si bien hizo grandes esfuerzos para

Digitized by Google

que su rostro permaneciese tranquilo, no pudo impedir que gruesas lágrimas rodasen por sus mejillas.

—Sois mi marido y señor, le dijo lanzando un suspiro y próxima á desmayarse, y por terribles que sean vuestras palabras, he de demostraros que nada me es tan querido como la obediencia cuando de vuestras órdenes se trata.

Inmediatamente despues retiróse á sus habitaciones, y despojándose de su ricos trajes, con la frente serena y sin murmurar, volvió á vestir el de pastora. Luego dijo al príncipe:

—No puedo alejarme de vuestro lado sin que me perdoneis por no haber sabido satisfacer todos vuestros deseos. Nada me importa la miseria, pero no puedo acostumbrarme á la idea de vuestro desprecio. Perdonadme y viviré contenta en mi pobre cabaña, sin que jamás disminuyan el respeto y el amor que os profeso.

Tanta sumision y grandeza de alma reveladas debajo de un humilde traje, impresionaron con fuerza al príncipe, que sintiendo avivarse la llama de su pasion tan fuerte como en los primeros días, dió un paso para abrazar á Grisélida; pero se contuvo deseoso de no ceder hasta el último momento, y contestó con acento duro:

—He dado al olvido lo pasado. No me disgusta vuestro arrepentimiento. Podeis iros.

Fuése Grisélida, apoyada en el brazo de su padre, que tambien había vuelto á tomar sus humildes vestidos, derramando ambos en silencio amargas lágrimas.

—Volvamos á nuestra cabaña, le dijo Grisélida, y abandonemos sin pesar la pompa de los palacios. No

Digitized by Google

hay tanta magnificencia en nuestra pobre morada, pero en cambio nos brinda con la tranquilidad y con la paz.

Apenas hubo llegado á la casita donde nació, volvió á hilar y á apacentar su rebaño, sentándose á orillas del arroyo donde por primera vez la había visto el príncipe. Con frecuencia levantaba los ojos al cielo para pedirle que colmara de dichas, riquezas y gloria á su esposo. El príncipe mandó llamarla y le dijo:

—Grisélida: quiero que la princesa con quien me caso esté contenta de vos y de mí. Mañana es la boda y os ordeno que me ayudeis para que nada turbe su alegría y sepa cuáles son mis deseos á fin de que pueda complacerme. Dispondreis sus habitaciones, teniendo en cuenta que se trata de una jóven princesa á la que amo tiernamente; y para que os convenzais de que es digna de mi cariño, quiero que la admireis.

Vió Grisélida á la jóven y parecióle que veia á la aurora, sintiendo su corazon afectos tan dulces como inexplicables. Al ver aquel hermoso rostro recordó los días felices que ya habían pasado, y murmuró:

—Si mi hija no hubiese muerto sería tan bella como ella y tendría su edad.

Este recuerdo de madre despertó en su pecho tal amor por la jóven, que dijo al príncipe con acento conmovido:

—Permitidme, señor, os indique que esta encantadora princesa que va á ser vuestra esposa, educada en medio de todos los regalos, no podrá vivir á vuestro lado como yo he vivido, sin que la muerte ponga

Digitized by Google

término á vuestra felicidad. Nacida en humilde cuna, todo lo he sufrido; pero una palabra dura ó seca á ella la mataria.

—Cuidad de lo que os importa, le contestó el príncipe con rudeza, y cumplid mis órdenes. No consiento que una pastora me recuerde mis deberes.

Á estas palabras Grisélida bajó los ojos sin pronunciar palabra.

Invitada la corte á la boda, todas las damas y todos los caballeros se reunieron en un magnífico salon. Presentóse el príncipe, y les dijo:

—Muy engañadora es la esperanza, pero aún lo es más la apariencia, y si álguien lo duda pronto se convencerá de cuan cierto es lo que digo. Todos estais convencidos de que rebosa contento el corazon de la jóven princesa que va á ser mi esposa. Apariencia engañadora. Creeis que este jóven, valiente en las batallas, de ilustre estirpe, vé con satisfaccion la boda de su príncipe. Apariencia engañadora. Suponeis que Grisélida llora en estos momentos presa de la mayor desesperacion. Apariencia engañadora tambien, pues Grisélida inclina la cabeza ante la voluntad de su señor y nada ha podido agotar su paciencia. Por último, no hay entre vosotros quien no tenga la íntima conviccion de que esta boda ha de ser el remate de mi felicidad. Otra apariencia engañadora. Difícil os parecerá el enigma, pero pronto lo comprendereis. Sabed que la encantadora princesa es mi hija y la doy en matrimonio á este jóven caballero que la ama entrañablemente y cuyo amor es correspondido; sabed tambien que, conmovido por la paciencia y cariño de la fiel esposa á quien

Digitized by Google

he arrojado indignamente de este palacio, le abro mis brazos y mi corazon con el propósito de hacerla olvidar con mi ternura cuantas penas le ha ocasionado mi carácter receloso; y si mucho estudio puse en disgustarla para someterla á contínuas y difíciles pruebas, mayor será mi afan por hacerla feliz. Si las generaciones venideras recuerdan los sufrimientos, que no lograron abatir su corazon, tambien recordarán su virtud.

Estas palabras devolvieron la alegría á algunos semblantes velados por la tristeza. La jóven princesa, loca de contento al saber quién era su padre, arrojóse á sus piés; y el príncipe la obligó á levantarse, la abrazó, cubrióla de besos y luego la llevó á su madre, que creyó morir de alegría; pues aquel corazon que no se había rendido á tantas penas, difícilmente pudo soportar tan extremado júbilo al ver llena de vida á su hija querida, á la que no había cesado de llorar creyéndola muerta.

—Tiempo te quedará, le dijo el príncipe, para dar expansion á los sentimientos de tu alma. Ahora ponte los vestidos que tu rango exige y vamos á celebrar las bodas de nuestra hija.

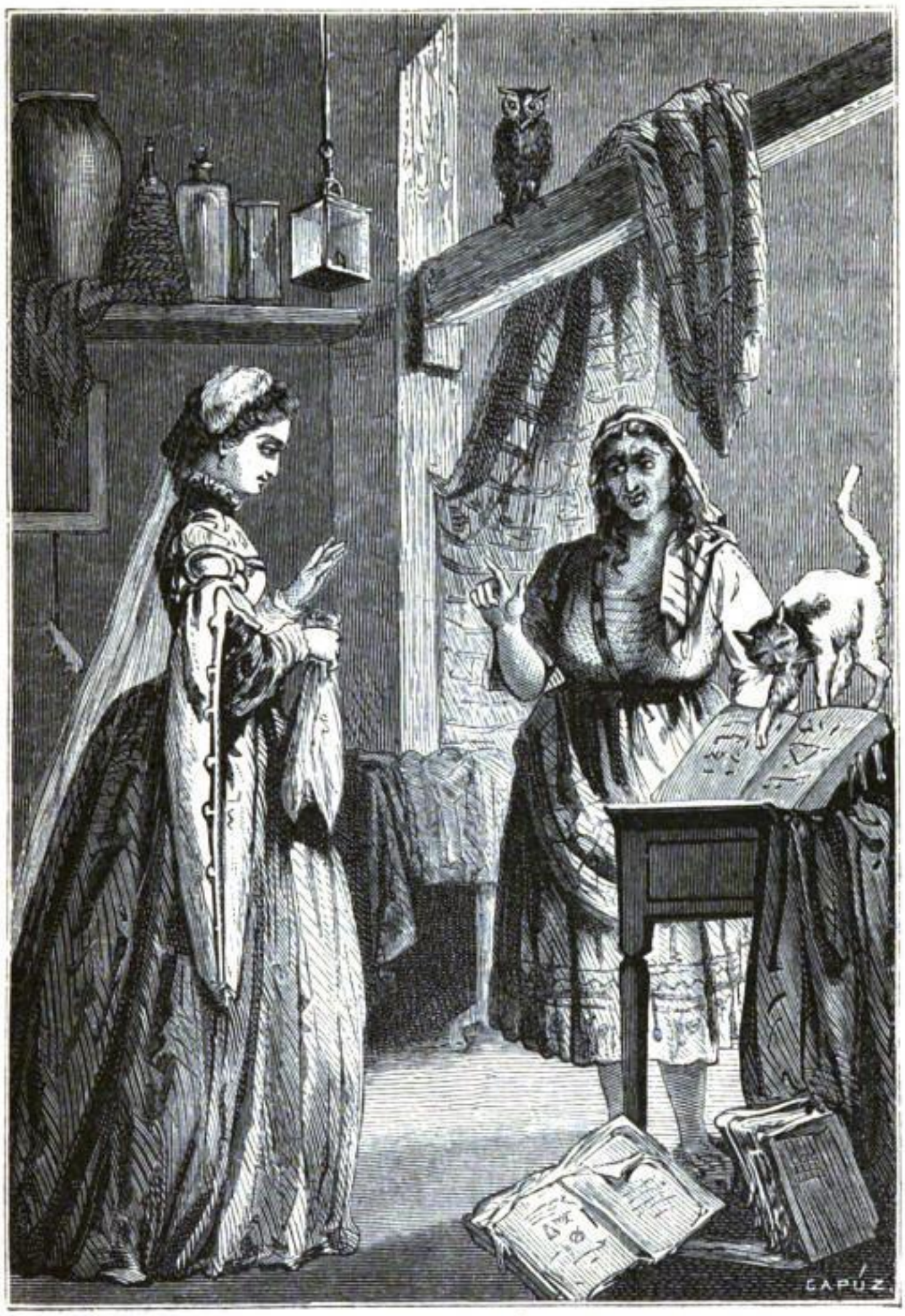
Celebrado inmediatamente el matrimonio de los jóvenes novios, las fiestas se sucedieron á cual más expléndidas; y en la ciudad y en la corte sólo se habló durante mucho tiempo de la paciencia y de la virtud de Grisélida, que sin cesar había resistido tan duras pruebas, mereciendo los elogios y la admiracion de todos.

Digitized by Google

MORALEJA.

En el curso de la vida,
la virtud y la paciencia
sufren embates terribles
que las sujetan á prueba:
si de sus duros vaivenes
lograren salir ilesas,
tanto mayor es el mérito
cuanto más dura es aquella.

Digitized by Google



PELLEJO DE ASNO.

Erase un rey el más poderoso de la tierra, tan amable en la paz como terrible en la guerra. Sus vecinos le respetaban y temian y reinaba la mayor

Digitized by Google

tranquilidad en sus Estados, cuya prosperidad nada dejaba que desear, pues con las virtudes de los ciudadanos brillaban las artes, la industria, y el comercio. Su esposa era tan cariñosa y encantadora y tantos atractivos tenia su ingénio, que si el rey era dichoso como soberano, más lo era como marido. Tenian una hija, y como era muy virtuosa y linda, se consolaban de no haber tenido más hijos.

El palacio era muy vasto y magnífico. En todas partes había cortesanos y criados. Las cuadras estaban llenas de arrogantes caballos y de bonitas jacas cubiertas de hermosos caparazones de oro y bordados; y por cierto no eran los caballos los que atraían las miradas de los que visitaban aquel sitio, sino un señor asno, que en el punto mejor y más vistoso de la cuadra erguía con arrogancia sus largas orejas. Bien merecia la preferencia, pues tenía el privilegio de que lo que comía saliese transformado en relucientes escudos de oro, que eran recogidos todas las mañanas al despertar el asno.

Turbó la felicidad de los régios esposos una aguda enfermedad sufrida por la reina, que se fué agravando á pesar de haberse acudido á todos los auxilios de la ciencia y de haber llamado á todos los médicos. Comprendió la enferma que se aproximaba su última hora, y dijo al rey:

—Antes de morir quiero hacerte una súplica. Si cuando haya dejado de existir quieres volver á casarte...

—¡Jamás! ¡Jamás! exclamó el rey sollozando.

—Tal es tu propósito en este instante y me lo hace creer el amor que siempre te he inspirado; pe-

Digitized by Google

ro para que la seguridad sea mayor, quiero me jures que no has de volver á casarte á ménos de hallar una mujer que me supere en belleza y en prudencia, la única á quien podrás hacer tu esposa.

Con los ojos llenos de lágrimas lo juró el príncipe, y poco despues la reina exhaló en sus brazos el último suspiro, siendo grande la desesperacion de su esposo. El dolor trastornó algo su razon, y á los pocos meses dió en mandar comparecer á su presencia á todas las jóvenes de la corte, despues á las de la ciudad y luego á las del campo, diciendo que se casaría con la que fuera más bella que la reina difunta; pero como ninguna podia compararse con ella, todas eran rechazadas. El rey acabó por dar evidentes muestras de locura, y cierto dia declaró que la infanta, que realmente era más bella que su madre, seria su esposa. Los cortesanos le hicieron presente que tal boda era imposible porque la infanta era hija suya, pero como es difícil hacer entrar en razon á un loco, el rey vociferó que querian engañarle pues él no tenía hijas.

La pobre princesita, al saber lo que ocurría, fuese llorosa á encontrar á su madrina, que era la más poderosa de las hadas, la que exclamó al verla:

—Sé lo que te trae á mi casa. Como tu padre desgraciadamente ha perdido la razon, no conviene que le contraries abiertamente. Dile que ántes de acceder á ser su esposa quieres un vestido de color de cielo, y no podrá dártelo.

Siguió la princesa el consejo de la Hada, y el rey llamó á todas las modistas y les dijo que las ahorcaría si no hacían un vestido de color de cielo. Impul-

Digitized by Google

sadas por el miedo pusieron manos á la obra, y á los dos dias tenia el vestido la infanta, que con lágrimas en los ojos se vió obligada á reconocer que su deseo había quedado satisfecho. Su madrina, que estaba en palacio, le dijo en voz baja:

—Pide un vestido más brillante que la luna, y no podrá dártelo.

Apenas hizo la demanda la princesa, el rey mandó llamar al que estaba encargado de los bordados de palacio y le dijo:

—Quiero dentro de cuatro dias un vestido más brillante que la luna.

En el plazo señalado la infanta tuvo el vestido que eclipsaba el brillo de la luna. Al verlo la madrina murmuró al oido de su ahijada:

—Pide un vestido más brillante que el sol, y no podrá dártelo.

El rey mandó llamar á un rico diamantista y le dió la órden de hacer un vestido de brocado y piedras preciosas, amenazándole con mandarle cortar la cabeza si no lograba satisfacer sus deseos. Antes de terminar la semana la infanta tuvo el vestido, y al verlo fué grande su desesperacion porque era más brillante que el astro del dia. Entónces le dijo su madrina:

—Mientras posea el asno que constantemente llena su bolsa de escudos de oro, podrá satisfacer todos tus deseos. Pídele el pellejo del asno, y como en tan rara bestia consisten sus principales recursos, no te lo dará.

Hizo la infanta lo que la Hada le aconsejaba y el rey mandó sin vacilar matar el asno, despellejarlo y

Digitized by Google

llevar la piel á la jóven, que quedóse abatida pues ya no sabia que pedir. Animóla su madrina recordándola que nada hay que temer cuando se obra bien, y luego la dijo que sola y disfrazada huyese á algun lejano reino.

—Aquí tienes, añadió, una caja donde pondrémos todos tus vestidos, tus adornos, tu espejo, los diamantes y los rubies. Te doy mi varita, y llevándola en la mano la caja te seguirá siempre oculta bajo tierra; cuando quieras abrirla, toca el suelo con la varita é inmediatamente aparecerá la caja. Para que nadie te conozca cúbrete con el pellejo del asno y nadie creerá que se oculte una hermosa princesa debajo de tan horroroso disfraz.

Siguió la princesa las indicaciones de su madrina y se alejó de los Estados de su padre. En cuanto el rey notó su ausencia envió mensajeros en su busca y todo lo revolvió, pero sin poder averiguar que habia sido de ella. La infanta, mientras tanto, continuaba su camino, pidiendo limosna á cuantos encontraba y deteniéndose en todas las casas para preguntar si necesitaban una criada; mas tan horroroso era su aspecto que no hubo quien quisiera tomarla á su servicio. Y siguió andando, andando, y fué léjos, muy léjos; y por último llegó á una alquería cuyo dueño necesitaba una porcallona para fregar, barrer y limpiar la gamella de los cerdos. Relegada á un rincon de la cocina, burlábanse de ella los criados, que procuraban contrariarla y molestarla, siendo blanco de sus groseras burlas.

Los domingos podia descansar, pues en cuanto habia terminado sus quehaceres más indispensables,

Digitized by Google

entraba en el tugurio que la habian destinado; y una vez cerrada la puerta, se quitaba el pellejo de asno, se peinaba, se adornaba con sus joyas y se ponia unas veces el vestido de luna y otras el de sol ó el de cielo, si bien el espacio era reducido para la holgada cola de tales trajes. Se miraba ante el espejo y era mucha su alegría al verse jóven, blanca, sonrosada y más bella que las demás mujeres. Estos momentos de júbilo le daban aliento para sufrir todas las contrariedades de los otros dias y esperar el próximo domingo.

Olvidé decir que en la alquería donde habia hallado colocacion la infanta, tenia su corral un rey muy poderoso, y que allí se criaban las aves más raras y los animales más preciosos, que ocupaban diez grandes patios. El hijo del rey iba con frecuencia á la alquería al regresar de la caza, donde descansaba con sus acompañantes tomando algun refresco. El príncipe era muy arrogante y bello, y al verle Pellejo de Asno desde léjos, conoció por los latidos de su pecho que debajo de sus harapos aún latia el corazon de una princesa. Sin poder evitarlo se decia:

—Sus maneras son nobles, hermoso el rostro, simpático su aspecto. ¡Dichosa la mujer que logre merecer su amor! Si él me hubiese regalado un vestido, sería para mí más rico que el de sol y el de luna.

Un dia se detuvo el príncipe en la alquería, y recorriendo los patios para examinar las aves y los animales, llegó delante del mísero aposento donde vivía Pellejo de Asno, y por casualidad se le ocurrió mirar por el ojo de la cerradura. Como era domingo vió á la porcallona vestida de oro y diamantes, más

Digitized by Google

hermosa que el sol. El príncipe contemplóla deslumbrado sin poder contener los latidos de su corazon, y por más que le admirara el vestido, más le admiró su belleza. El blanco y sonrosado color de su tez, los arrogantes perfiles de su cara y su explén-dida juventud, unido todo á cierto aire de grandeza realzada por la modestia, que era espejo del alma, enloquecieron de amor al príncipe.

Tres veces levantó el brazo para derribar la puerta, pero otras tantas le contuvo el temor de hallarse delante de una hada y retiróse á su palacio pensativo. Suspiró desde entónces noche y día, huyó de todas las diversiones, inclusa la de la caza, y perdió el apetito. Preguntó quién era aquella admirable belleza que vivía en el fondo de un corral, al extremo de un espantoso callejon, en el que la oscuridad era completa en pleno día, y se le contestó que se la llamaba Pellejo de Asno, á causa de la piel que llevaba en el cuello; añadiendo que no había como mirarla para sentirse curado de amor, pues era más fea que la más horrible fiera.

Por más que le dijeron no quiso creerles, pues guardaba grabada en su corazon la imágen de la infanta. La reïna, que no tenia otro hijo, lloraba sin

Digitized by Google

cesar al verle languidecer. En vano le preguntó en qué consistia su enfermedad, pues el príncipe permaneció mudo, y lo único que de él pudo lograr fué le dijera que deseaba comer una empanada hecha por Pellejo de Asno. No supo la reina á quién se referia su hijo, y habiéndolo preguntado, le contestaron:

—¡Cielo santo! Pellejo de Asno es, señora, un negro topo más asqueroso que el más sucio pinche de cocina.

—No importa, exclamó la reina; puesto que el príncipe quiere una empanada hecha por ella, es necesario darle gusto.

La madre amaba extraordinariamente á su hijo, y si le hubiese pedido la luna, hubiera procurado dársela.

Pellejo de Asno tomó harina, que había cernido para que fuese más fina, sal, manteca y huevos frescos, y se encerró en su habitacion. Limpióse el rostro, las manos y los brazos; se puso un delantal de plata y dió comienzo á su tarea. Se cuenta que, miéntras trabajaba, se le cayó del dedo, fuese casualidad ó no lo fuese, uno de sus anillos de gran precio, lo que parece indicar que sabia que el príncipe la había estado mirando por el agujero de la cerradura y que de ella estaba enamorado. Sea lo que fuere, el hijo del rey comió con mucho apetito la empanada, que halló exquisita, y por poco se traga el anillo. Afortunadamente se fijó en él y admiróle la esmeralda, que era preciosa, y en especial el estrecho aro de oro, que marcaba la forma del dedo de su dueña.

Lleno de alegría guardó la sortija, de la que no

Digitized by Google

volvió á separarse. Pero su mal fué en aumento, y consultados los médicos dijeron que estaba enfermo de amor. Resolvieron sus padres casarle, y el príncipe les contestó:

—Sólo me casaré con la jóven á cuyo dedo se ajuste este anillo.

Grande fué la sorpresa del rey y de la reina al oir tan estraña exigencia, pero como el estado del príncipe era muy grave, no se atrevieron á contrariarle é inmediatamente anunciaron que se casaria con el príncipe la jóven, aunque no fuese de sangre real, cuyo dedo entrara en el anillo. Todas se dispusieron á hacer la prueba, y hubo charlatanes que prometieron adelgazar los dedos, proponiéndose ganar algunos escudos, como aquellos que no teniendo ningun oficio ni sabiendo como vivir de su trabajo, se meten á curanderos para convertir en comida la lana que trasquilan al prójimo; jóven hubo que rascó su dedo con un cuchillo; otra consintió en que cortaran carne del suyo para adelgazarlo y no faltó quien lo tuviera muchas horas comprimido ni tampoco quien lo sometiera al efecto de cierto líquido para que se lo dejara despellejado.

Dióse principio á la prueba, comenzando por las princesas, á las que siguieron las duquesas, marquesas, condesas y baronesas, siendo el anillo demasiado estrecho para cuantos dedos se presentaron. Comparecieron las demás jóvenes, mas todos los ensayos resultaron inútiles. Llególes el turno á las criadas y fregonas, pero el anillo quedóse sin colocacion, y creyóse que el príncipe moriria de pena, pues sólo faltaba Pellejo de Asno y á ninguna persona sensata

Digitized by Google

podia ocurrírsele que la porcallona estuviese destinada á ser reina.

—¿Por qué nó? exclamó el príncipe.

Todos sonrieron, pero el príncipe añadió:

—Entra, Pellejo de Asno, y hágase la prueba.

Introducida la fregona á presencia de la corte, sacó de debajo de la asquerosa piel una manecita de marfil ligeramente sonrosada; hicieron la prueba, y el anillo se ajustó á su dedo de tal manera que los cortesanos no acertaban á volver de su asombro. Dijéronla que debia presentarse ante el rey y la aconsejaron con la sonrisa de la mofa en los labios que se pusiera otro vestido ménos súcio. Pellejo de Asno fué á cambiarse de vestido, y cuando volvió á comparecer ante la corte, las burlonas risas se trocaron en exclamaciones de admiracion, porque nadie recordaba haber visto belleza semejante, realzada por unos ojos azules, rasgados y de mirada dulce, pero llena de majestad. Sus rubios cabellos recordaban los rayos del sol; su talle la esbeltez de la palmera; sus diamantes deslumbraban y su traje era tan rico que no admitia comparacion. Todos aplaudieron, en particular las señoras, y el rey estaba loco de contento al ver á la novia de su hijo; y si loco estaba el rey, no sabemos que decir de la reina y, en particular, del enamorado príncipe.

Inmediatamente se dieron las órdenes para que se celebrara la boda y el rey convidó á todos los monarcas vecinos, quienes abandonaron sus Estados, montados unos en grandes elefantes, otros caballeros en corceles con arneses de oro y plata, y algunos se embarcaron en naves que tenian velas de púr-

Digitized by Google

pura. Pero aunque todos los príncipes rivalizaron en lujo para evidenciar su poderío, ninguno igualó al padre de la jóven desposada, que ya habia recobrado la razon. Grande fué su sorpresa y mayor su alegría al encontrar á su hija, á quien abrazó llorando de júbilo; y tanto como su sorpresa fué el contento del príncipe al saber quien era su novia. En aquel instante apareció la madrina, que contó todo lo ocurrido, y luego celebráronse las bodas y todos fueron dichosos.

MORALEJA.

A veces á rudas penas
el hombre se halla sujeto,
mas todas puede vencerlas
si de ello hay firme deseo.
Los sufrimientos abaten,
mas con voluntad de hierro
tambien logran dominarse
los más crueles sufrimientos;
y si acaso en este mundo
no encontramos el consuelo,
seamos firmes en la lucha,
nunca jamás desmayemos,
que lo que niegue la tierra
lo hallarémos en el cielo.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS DESEOS RIDÍCULOS.

Erase un pobre leñador, tan cansado de su vida que, segun se cuenta, tenia de morirse deseos, porque en ningun de los agradables que habia alimentado se vió complacido. Cierto dia fuése al bosque, y como era en él costumbre, comenzó á quejarse de su suerte, cuando se le apareció Júpiter con el rayo en la mano. Grande fué el espanto del leñador, quien arrojándose al suelo, murmuró:

—Nada quiero; nada deseo.

—No temas, le dijo Júpiter. Tantas son tus quejas que quiero convencerte de su falta de fundamento. No olvides mis palabras: verás realizados tus tres primeros deseos, sea lo que fuere lo que desees. Elige lo que pueda hacerte dichoso y dejarte com-

Digitized by Google

pletamente satisfecho, y como tu felicidad de tí depende, reflexiona bien ántes de formular tus deseos.

Pronunciadas estas palabras, Júpiter desapareció; y el leñador, loco de contento, cargóse la hacina, que no le pareció pesada, y dándole alas la alegría, volvió á su casa, diciéndose mientras tanto:

—He de reflexionar mucho ántes de tener un deseo. El caso es importante y quiero tomar consejo de mi mujer.

Saltando entró en su cabaña gritando:—Mujercita mia, enciende una buena lumbre y prepara abundante cena pues somos ricos, pero muy ricos; y tanta es nuestra dicha que todos nuestros deseos se verán realizados.

Al oir estas palabras, la leñadora comenzó á hacer castillos en el aire, pero luego dijo á su marido:

—Cuidado con que nuestra impaciencia nos perjudique. Procedamos con calma y despues de pensarlo bien, consultándolo ántes con la almohada, que es buena consejera.

—Lo mismo opino; pero no perdamos la cena y tráete vino.

Cenaron, bebieron, y sentándose luego al amor de la lumbre, el leñador exclamó, apoyándose con fuerza en el respaldo de su silla:

—¡Ajajá! Con este fuego nos hace falta una vara de salchicha. ¡Cuánto gustaria tenerla al alcance de mi mano!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, su mujer vió con gran sorpresa una salchicha muy larga, que arrancando de uno de los ángulos de la chimenea se dirigió hácia ella serpenteando. Lanzó un grito de

Digitized by Google

espanto, pero cayendo luego en la cuenta de que la aventura era debida al ridículo deseo formulado por su marido, con él la emprendió agotando los dicterios.

—Hubiéramos podido tener oro, perlas, diamantes, vestidos excelentes, añadió, y eres tan necio que te se ha ocurrido desear semejante cosa.

—Cállate, mujer; reconozco mi falta y procuraré enmendarla.

—A buena hora calzas verdes; necesario es ser muy imbécil para hacer lo que has hecho.

Tanta fué la insistencia de la mujer, que el bueno del hombre perdió la calma, y como á pesar de sus súplicas ella no cejáse, exclamó furioso:

—¡Maldita salchicha que te ha desatado la lengua; así te colgara de la nariz para que callaras!

Dicho y hecho, y la salchicha quedó colgada de la nariz de la esposa del leñador.

Realizado el deseo, quedóse ella muda de asombro y él con la boca abierta y rascándose el cogote. Restablecióse el silencio, hasta que por último la mujer, que habia perdido los brios y no apartaba la mirada de la salchicha, murmuró:

—¿Y bien?

—Sólo falta formular el tercer deseo. Puedo transformarme en rey, pero ¿qué reina vas á ser tú con tres palmos de nariz? Elige, mujer: ó reina con esa nariz más larga que una semana sin pan, ó leñadora con una nariz como la que tenias.

Mucho discurrieron ántes de resolver, pero como su mirada no podia apartarse de la salchicha y á cada gesto se movia como rama á impulsos del huracan,

Digitized by Google

prefirió la leñadora quedarse sin trono á conservar las narices como ántes; y formulado el deseo por el leñador, su mujer volvió á quedar como estaba, lo que no fué obstáculo para que se llevase la mano á la cara para convencerse de que la salchicha habia desaparecido.

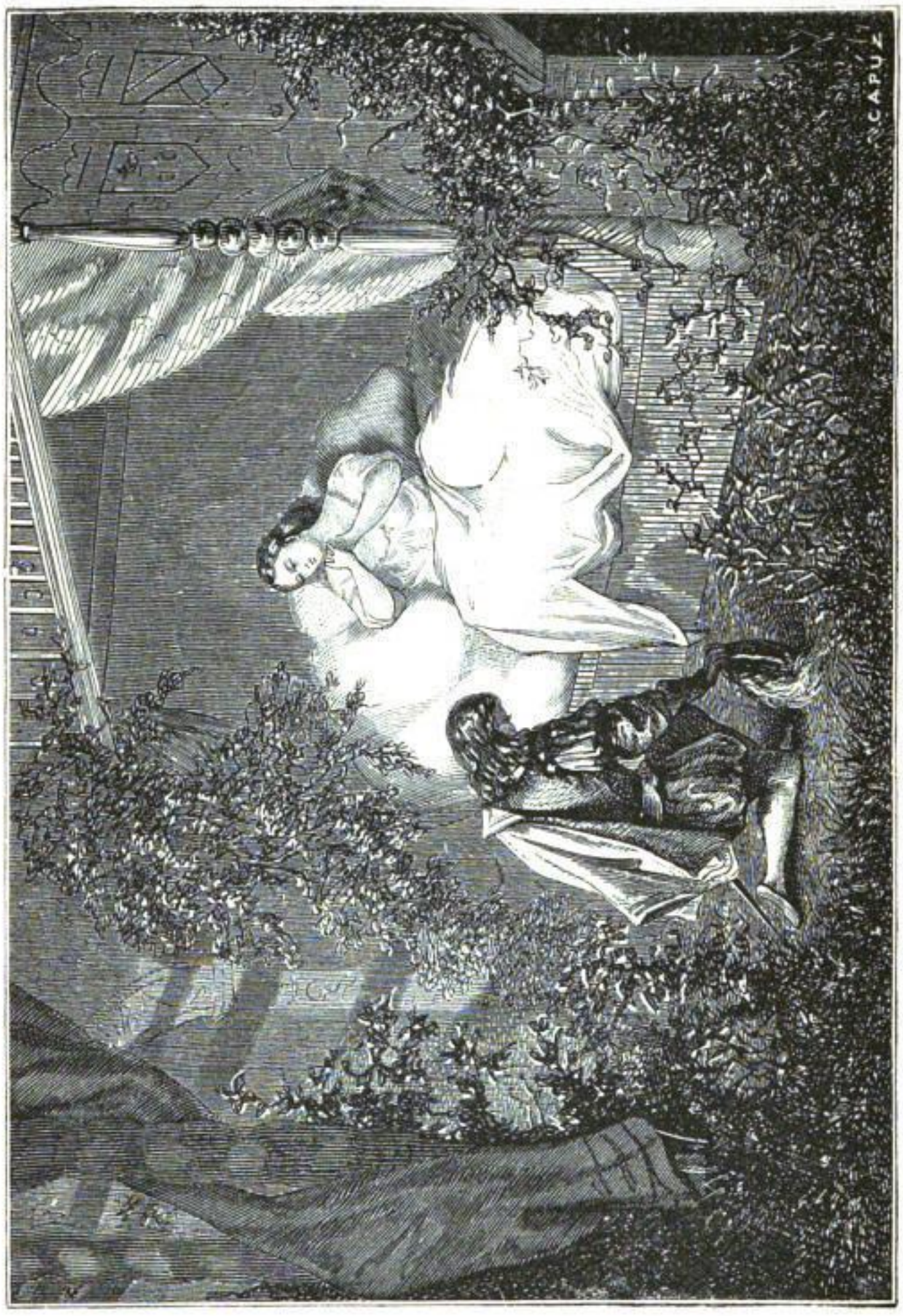
El leñador no cambió de posicion, no se convirtió en un gran potentado, no llenó de escudos su bolsa y creyóse muy dichoso empleando el último de los tres deseos en devolver á su esposa las narices que ántes tenia.

MORALEJA.

¡Cuántos son los que con voces
llenan los cielos y tierra
y sin cesar de sus labios
se desprenden duras quejas!
¡Cuán dichoso yo seria,
van diciendo, si pudiera
hacer esto ó bien aquello!
—¡Hazlo! la suerte contesta,
y en vez de crecer su dicha,
crecen á veces sus penas,
que sólo es dichoso el hombre
que con poco se contenta,
á su suerte se acomoda
y delirios no alimenta.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

LA HERMOSA DURMIENTE.

En otros tiempos habia un rey y una reina, cuya tristeza porque no tenian hijos era tan grande que no puede ponderarse. Fueron á beber todas las aguas del mundo, hicieron votos, emprendieron peregrinaciones, pero no lograron ver sus deseos realizados, hasta que, por último, quedó en cinta la reina y dió á luz una hija. La explendidez del bateo no hay medio de describirla, y fueron madrinas de la princesita todas las hadas que pudieron hallar en el país, y siete fueron, con el propósito de que cada una de ellas le concediera un don, como era costumbre entre las hadas en aquel entónces; y por este medio tuvo la princesa todas las perfecciones imaginables.

Despues de la ceremonia del bautismo, todos fueron á palacio, en donde se habia dispuesto un gran festin para las hadas. Delante de cada una se puso un magnífico cubierto con un estuche de oro macizo, en el que habia una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecido de diamantes y rubíes.

Digitized by Google

En el momento de sentarse á la mesa, vieron entrar una vieja hada que no habia sido invitada, debido á que durante más de cincuenta años no habia salido de una torre y se la creía muerta ó encantada.

Mandó el rey que le pusieran un cubierto, pero no hubo medio de darle un estuche de oro macizo como á las otras, porque sólo se habia ordenado construir siete para las siete hadas. Creyó la vieja que se la despreciaba y gruñó entre dientes algunas amenazas. Una de las hadas jóvenes que estaba á su lado, oyóla, y temiendo que concediese algun don dañino á la princesita, en cuanto se levantaron de la mesa fué á esconderse detrás de un tapíz para hablar la última y poder reparar hasta donde le fuera posible el daño que hiciera la vieja.

Comenzaron las hadas á conceder sus dones á la recien nacida. La más jóven dijo que sería la mujer más hermosa del mundo; la que la siguió añadió que sería buena como un ángel; gracias al don de la tercera, la princesita debia mostrar admirable gracia en cuanto hiciere; bailar bien, segun el don de la cuarta; cantar como un ruiseñor, segun el de la quinta, y tocar con extrema perfeccion todos los instrumentos, segun el de la sexta. Llególe la vez á la vieja hada, la que dijo, temblándole la cabeza más á impulsos del despecho que de la vejez, que la princesita se heriría la mano con un huso y moriria de la herida.

Este terrible don á todos extremeció, y no hubo quien no llorase. Entónces fué cuando salió de detrás del tapiz la jóven hada y pronunció en voz alta estas palabras:

—Tranquilizaos rey y reina; vuestra hija no morirá

Digitized by Google

de la herida. Verdad es que no tengo bastante poder para deshacer del todo lo que ha hecho mi compañera. La princesa se herirá la mano con un huso, pero, en vez de morir, sólo caerá en un tan profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá á despertarla el hijo de un rey.

Deseoso el monarca de evitar la desgracia anunciada por la vieja, mandó publicar acto contínuo un edicto prohibiendo hilar con huso, así como guardarlos en las casas, bajo pena de la vida.

Transcurrieron quince ó diez y seis años, y cierto dia el rey y la reina fueron á una de sus posesiones de recreo; y sucedió que corriendo por el castillo la jóven princesa, subió de cuarto en cuarto hasta lo alto de una torre y se encontró en un pequeño desvan en donde habia una vieja que estaba ocupada en hilar su rueca, pues no habia oido hablar de la prohibicion del rey de hilar con huso.

—¿ Qué haceis, buena mujer ? le preguntó la princesa.

—Estoy hilando, hermosa niña, le contestó la vieja, quien no conocía á la que la interrogaba.

—¡ Qué curioso es lo que estais haciendo ! exclamó la princesa. ¿ Cómo manejais esto? Dádmelo, que quiero ver si sé hacer lo que vos.

Como era muy vivaracha, algo aturdida y, además, el decreto de las hadas así lo ordenaba, en cuanto hubo cogido el huso se hirió con él la mano y cayó sin sentido.

Muy espantada la vieja comenzó á dar voces pidiendo socorro. De todas partes acudieron, rociaron con agua la cara de la princesa, le desabrocharon el

Digitized by Google

vestido, le dieron golpes en las manos, le frotaron las sienes con agua de la reina de Hungría, pero nada era bastante á hacerla volver en sí.

Entónces el rey, que al ruido habia subido al desvan, recordó la prediccion de las hadas, y reflexionando que lo sucedido era inevitable, puesto que aquellas lo habian dicho, dispuso que la princesa fuera llevada á un hermoso cuarto del palacio y puesta en una cama con adornos de oro y plata. Tan hermosa estaba que cualquiera al verla hubiera creido estar viendo un ángel, pues su desmayo no la habia hecho perder el vivo color de su tez. Sonrosadas tenia las mejillas y sus labios asemejaban coral. Sólo tenia los ojos cerrados, pero se la oía respirar dulcemente, lo que demostraba que no estaba muerta.

Mandó el rey que la dejaran dormir tranquila hasta que sonara la hora de su despertar. La buena Hada que le habia salvado la vida condenándola á dormir cien años, estaba en el reino de Pamplinga, que distaba de allí doce mil leguas, cuando le ocurrió el accidente á la princesa; pero bastó un momento para que de él tuviese aviso por un diminuto enano que calzaba botas, con las cuales á cada paso recorria siete leguas. Púsose inmediatamente en marcha la hada y al cabo de una hora viéronla llegar en un carro de fuego tirado por dragones. Fué el rey á ofrecerle la mano para que bajara del carro y la Hada aprobó cuanto se habia hecho; y como era en extremo previsora, le dijo que cuando la princesa despertara se encontraría muy apurada si se hallaba sola en el viejo castillo. Hé aquí lo que hizo.

Excepcion hecha del rey y la reina, tocó con su

Digitized by Google

varilla á todos los que se encontraban en el castillo, ayas, damas de honor, camareras, gentiles-hombres, oficiales, mayordomos, cocineros, marmitones, recaderos, guardias, suizos, pages y lacayos; tambien tocó los caballos que habia en las cuadras y á los palafraneros, á los enormes mastines del corral y á la diminuta Titi, perrita de la princesa que estaba cerca de ella encima de la cama. Cuando á todos hubo tocado, todos se durmieron para no despertar hasta que despertara su dueña, con lo cual estarian dispuestos á servirla cuando de sus servicios necesitara. Tambien se durmieron los asadores que estaban en la lumbre llenos de perdices y de faisanes, é igualmente quedó dormido el fuego. Todo esto se hizo en un momento, pues las hadas necesitan poco tiempo para hacer las cosas.

Entónces el rey y la reina, despues de haber besado á su hija sin que dispertara, salieron del castillo y mandaron publicar un edicto prohibiendo que persona alguna, fuese cual fuere su condicion, se acercara al edificio. No era necesaria la prohibicion, pues en quince minutos brotaron y crecieron en número extraordinario árboles grandes, pequeños rosales silvestres y espinosos, de tal manera entrelazados que ningun hombre ni animal hubiera podido pasar; de manera que sólo se veia lo alto de las torres del castillo, y áun era necesario mirarle de muy léjos. Nadie dudó de que la Hada habia echado mano de todo su poder para que la princesa, mientras durmiera, nada tuviese que temer de los curiosos.

Pasados los cien años, el hijo del monarca que reinaba entónces, debiendo añadir que la dinastía no

Digitized by Google

era la de la princesa dormida, fué á cazar á aquel lado del bosque ,y preguntó que eran las torres que veia en medio del espeso ramaje. Contestóle cada cual segun lo que habia oido; unos le dijeron que aquello era un viejo castillo poblado de almas en pena y otros que todas las brujas de la comarca se reunian en él los sábados. Segun la opinion más generalizada, moraba en él un ogro que se llevaba al castillo todos los niños de que podia apoderarse para comerlos á su sabor y sin que fuera posible seguirle, abrirse puesto que sólo á él estaba reservado el privilegio de paso por entre la maleza.

No sabía á quien dar crédito el príncipe, cuando un viejo campesino habló y le dijo:

—Príncipe mio: hace más de cincuenta años oí contar á mi padre que en aquel castillo habia la más bella princesa del mundo, que debia dormir cien años, estando reservado el despertarla al hijo de un rey, de quien debe ser esposa.

A estas palabras sintió el jóven príncipe que la llama del amor brotaba en su corazon, y sin duda al instante creyó que daria fin á aventura tan llena de encantos. Impulsado por el amor y el deseo de gloria, resolvió saber en el acto si era exacto lo que el campesino le habia dicho, y apenas llegó al bosque cuando todos los añosos árboles, los rosales silvestres y los espinos se separaron para abrirle paso. Caminó hácia el castillo, que veia al extremo de una larga alameda, en la que penetró, quedando muy sorprendido al observar que los de su comitiva no habian podido seguirle porque los árboles volvieron á recobrar su posicion natural y á cerrar el paso en

Digitized by Google

cuanto hubo pasado. No por eso dejó de continuar su camino, pues un príncipe jóven y enamorado siempre es valiente. Penetró en un extremo del patio, y el espectáculo que á su vista se presentó era capaz de helar de miedo. El silencio era espantoso; veíase en todas partes la imágen de la muerte y la mirada tropezaba en cuerpos de hombres y animales que parecia estaban privados de vida; pero bastóle fijarse en la nariz de berengena y en los encendidos carrillos de los suizos para comprender que sólo estaban dormidos; además, los vasos, en los que se veian restos de vino, decian que se habian dormido bebiendo.

Atravesó otro gran patio con pavimento de mármol; subió la escalera y entró en la sala de los guardias, que estaban formando hilera con el arcabuz al hombro y roncando ruidosamente. Cruzó varios aposentos llenos de gentiles hombres y de damas, de pié los unos, sentados los otros, pero todos durmiendo. Penetró en una cámara completamente dorada y vió en una cama, cuyos cortinajes estaban abiertos, el más hermoso espectáculo que á su mirada se habia presentado: una princesa, que parecia tener quince ó diez y seis años y cuya deslumbradora belleza tenia algo de luminosa y divina. Aproximóse á ella temblando y admirándola y se arrodilló al pié de la cama.

Como habia sonado la hora en que debia tener fin el encantamiento, la princesa despertó; y mirándole con tiernos ojos, le dijo:

—¿Sois vos, príncipe mio? ¡Cuánto os habeis hecho esperar!

Y llenaron de contento al príncipe tales palabras,

Digitized by Google

y más áun la manera como fueron dichas. No sabía como demostrarla su alegría y agradecimiento y la aseguró que la amaba más que á sí mismo. Mal hilvanadas salieron las palabras de los labios de ambos, pero á esto se debió que fueran más atractivas, pues poca elocuencia es señal de mucho amor. La confusion del hijo del rey era mayor que la de la princesa, cosa que no ha de sorprender, pues ella habia tenido tiempo de pensar en lo que le diria; pues se supone, aunque nada de ello indique la historia, que la buena Hada le habia procurado el placer de agradables sueños durante los cien años que estuvo dormida. Cuatro horas hablaron y no se dijeron la mitad de las cosas que querian decirse.

El encantamiento del palacio cesó al mismo tiempo que el de la princesa, y cada cual pensó en cumplir con sus deberes; pero como no todos estaban enamorados, su primera sensacion fué la del hambre, que sensiblemente les aguijoneaba. La dama de honor, hambrienta como las demás, se impacientó y dijo á la princesa que la comida estaba servida. El príncipe la ayudó á levantarse. Estaba vestida con mucha magnificencia, pero guardóse de decirla que su traza y tocado se parecian á los de su abuela y que la moda del cuello que llevaba habia pasado hacía mucho tiempo; pero su vestido y adornos en nada disminuian su belleza.

Pasaron á un salon con espejos y en él cenaron servidos por los gentiles-hombres de la princesa. Los músicos tocaron con los violines y los oboes antiguas piezas, pero muy bonitas, por más que hiciera cien años que nadie las tocaba; y despues de ha-

Digitized by Google

ber cenado, casóles sin pérdida de tiempo el gran limosnero en la capilla del castillo.

Al dia siguiente el príncipe volvió á la ciudad en donde su padre debia estar con cuidado por su ausencia. Le dijo que cazando se habia perdido en el bosque y habia pasado la noche en la choza de un carbonero que le habia dado pan negro y queso para cenar. El rey su padre, que era muy bonachon, le creyó, pero no del todo su madre al ver que casi todos los dias iba á cazar y que siempre tenia una escusa á mano cuando pasaba fuera dos ó tres noches, y supuso que se trataba de amores. El príncipe vivió con la princesa más de dos años y tuvo de ella dos hijos; una niña llamada *Aurora*, y el segundo un niño, al que pusieron por nombre *Dia*, pues áun parecia más hermoso que su hermana.

La reina hizo varias tentativas para que su hijo le revelara su secreto, pero el príncipe no se atrevió á confiárselo, porque si bien la amaba, la temía por proceder de raza de ogros, á pesar de lo cual el rey habia casado con ella porque su fortuna era grande. Además, se murmuraba en la corte, pero en voz muy baja, que tenia las inclinaciones de los ogros y que, al ver pasar los niños, con mucha dificultad lograba contener el deseo de devorarlos. A esto se debió que el príncipe nada le dijera.

Pero al cabo de dos años murió el rey, y al subir su hijo al trono, declaró públicamente su matrimonio y fué con gran ceremonia á buscar á la reina su esposa á su castillo. La recepcion que le hicieron en la ciudad, que era la capital, cuando se presentó en medio de sus dos hijos, fué magnífica.

Digitized by Google

Algun tiempo despues el príncipe fué á guerrear contra su vecino, el emperador Cantagallos. Confió la regencia á la reina madre y le recomendó mucho á su mujer y á sus hijos. Debia guerrear todo el verano; y en cuanto estuvo fuera, la reina madre envió su nuera y sus nietos á una casa de campo que habia en el bosque para poder satisfacer con mayor libertad sus horribles apetitos. Algunos dias despues fué á la casa de campo y por la noche dijo á su mayordomo :

—Mañana quiero comerme á Aurora.

—¡Ah! señora... exclamó el mayordomo.

—Lo quiero, contestó la reina con tono de ogra que desea devorar carne fresca, y quiero comerla en salsa picante.

El pobre hombre comprendió que no habia que andarse con bromas con la ogra; tomó un enorme cuchillo y subió al cuarto de la pequeña Aurora. Tenia entónces cuatro años, y al verle corrió hácia él saltando y riendo, le abrazó y le pidió un caramelo. El mayordomo se puso á llorar, se le escapó el cuchillo y bajó al corral, degolló un cordero y lo aderezó con una salsa tan rica que la reina le dijo que nunca habia comido cosa mejor. Al mismo tiempo el mayordomo llevó la pequeña Aurora á su mujer para ocultarla en su casa, que estaba situada á un extremo del corral.

Ocho dias despues aquella mala reina dijo á su mayordomo :

—Para cenar quiero comerme á mi nieto Dia.

El mayordomo no replicó porque ya tenia formado el propósito de engañarla como la otra vez. Fué

Digitized by Google

en busca del niño y hallóle con un diminuto florete en la mano ensayándose en la esgrima con un mono, á pesar de que sólo tenia tres años. Llevóle á su

mujer, que le ocultó junto con Aurora, y el mayordomo sirvió á la reina madre un cabritillo muy tierno, que halló sabrosísimo.

Hasta entónces todo habia marchado perfectamen-

Digitized by Google

te, pero una tarde aquella perversa ogra dijo al mayordomo :

—Quiero comerme á la reina aderezada en salsa picante, lo mismo que sus hijos.

El buen hombre quedó aplastado no sabiendo como engañarla. La jóven reina tenia veinte años, sin contar los cien que habia pasado durmiendo; el pobre funcionario desconfiaba de hallar en el corral una rés cuyas carnes fueran semejantes á las de una princesa de tan extraña edad. El mayordomo, para salvar su vida, tomó la resolucion de degollar á la reina y subió á su cuarto con la intencion de realizar su propósito. Mientras subia se escitaba á la ira y entró puñal en mano. No quiso cogerla de sorpresa, y con mucho respeto le dijo cuál era la órden que le habia dado la reina madre.

—Cumple tu deber, contestó ella tendiéndole el cuello ; ejecuta la órden que te han dado y volveré á ver mis hijos, á mis pobres hijos, á quienes amaba tanto.

Desde que se los habian quitado sin decirle nada, la reina les creia muertos.

—¡ Nó, nó, señora ! exclamó el pobre mayordomo muy conmovido; no moriréis, pero no por eso dejareis de ver á vuestros hijos, pues los vereis en mi casa en donde les he ocultado; y de nuevo engañaré á la reina sirviéndola una corza en vuestro lugar.

Llevóla en el acto á su habitacion y dejóla que abrazara á sus hijos y confundiera sus lágrimas con las suyas, mientras él se fué á guisar la corza, que la ogra se comió á la cena con el mismo apetito que

Digitized by Google

si hubiese sido la reina. Estaba muy satisfecha de su crueldad y se disponia á decir al rey, cuando regresara, que los lobos hambrientos se habian comido á su mujer y sus hijos.

Cierta noche que, segun costumbre, rondaba por los patios y corrales del castillo por si olfateaba carne fresca, oyó que su nieto lloraba porque su madre queria pegarle por haber hecho una maldad, y tambien oyó la vocecita de Aurora, que pedia perdon para su hermano. La ogra reconoció la voz de la reina y de sus dos hijos, y llena de ira por haber sido engañada, ordenó al amanecer del dia siguiente, con acento tan espantoso que todo el mundo temblaba, que pusieran en medio del patio un enorme tonel que hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes para arrojar en él á la reina, sus hijos y al mayordomo, su mujer y su criada, mandando que los trajeran con las manos atadas á la espalda.

En el patio estaban los infelices, y los verdugos se disponian á echarlos en el tonel, cuando el rey, á quien no se esperaba tan pronto, entró de repente á caballo. Habia corrido mucho y preguntó muy admirado qué significaba aquel horrible espectáculo. Nadie se atrevía á contestarle, cuando la ogra, furiosa al ver lo que pasaba, se arrojó la primera de cabeza al tonel y en un instante fué devorada por los asquerosos reptiles que habia mandado echar dentro. El rey no dejó de sentir disgusto, pues era su madre, pero pronto se consoló con su hermosa mujer y sus hijos.

Digitized by Google

MORALEJA.

Cosa por demás sabida
es que el esperar no agrada,
pero el que más se apresura
no es el que más trecho avanza,
que para hacer ciertas cosas
se requiere tiempo y calma.
Cierto que esperar un novio
cien años, espera es magna;
pero la historia, amiguitos,
es historia ya pasada.
Como el casarse es asunto
de muchísima importancia,
pues sólo la muerte rompe
los lazos que entónces se atan,
más vale esperar un año
y traer la dicha á casa,
que no anticiparse un dia
y traerse la desgracia.

Digitized by Google

CAPERUCITA ROJA.

En tiempo del rey que rabió, vivia en una aldea una niña, la más linda de las aldeanas, tanto que loca de gozo estaba su madre y más aún su abuela, quien le habia hecho una caperuza roja; y tan bien le estaba que por caperucita roja conocíanla todos.

Un dia su madre hizo tortas y le dijo:

Digitized by Google

—Irás á casa de la abuela á informarte de su salud, pues me han dicho que está enferma. Llévale una torta y este tarrito lleno de manteca.

Caperucita roja salió en seguida en direccion á la casa de su abuela, que vivia en otra aldea. Al pasar por un bosque encontró al compadre lobo que tuvo ganas de comérsela, pero á ello no se atrevió porque habia algunos leñadores. Preguntóla á dónde iba, y la pobre niña, que no sabía fuese peligroso detenerse para dar oidos al lobo, le dijo:

—Voy á ver á mi abuela y á llevarle esta torta con un tarrito de manteca que le envia mi madre.

—¿Vive muy léjos? preguntóle el lobo.

—Sí, contestóle Caperucita roja, á la otra parte del molino que veis ahí; en la primera casa de la aldea.

—Pues entónces, añadió el lobo, yo tambien quiero visitarla. Iré á su casa por este camino y tú por aquel, á ver cual de los dos llega ántes.

El lobo echó á correr tanto como pudo, tomando el camino más corto, y la niña fuese por el más largo entreteniéndose en coger avellanas, en correr detrás de las mariposas y en hacer ramilletes con las florecillas que hallaba á su paso.

Poco tardó el lobo en llegar á la casa de la abuela. Llamó: ¡pam! ¡pam!

—¿Quién va?

—Soy vuestra nieta, Caperucita roja, dijo el lobo imitando la voz de la niña. Os traigo una torta y un tarrito de manteca que mi madre os envia.

La buena de la abuela, que estaba en cama porque se sentia indispuesta, contestó gritando:

—Tira del cordel y se abrirá el cancel.

Digitized by Google

Así lo hizo el lobo y la puerta se abrió. Arrojóse encima de la vieja y la devoró en un abrir y cerrar de ojos, pues hacía más de tres dias que no habia comido. Luego cerró la puerta y fué á acostarse en la cama de la abuela, esperando á Caperucita roja, la que algun tiempo despues llamó á la puerta: ¡pam! ¡pam!

—¿Quién vá?

Caperucita roja, que oyó la ronca voz del lobo, tuvo miedo al principio, pero creyendo que su abuela estaba constipada, contestó:

—Soy yo, vuestra nieta, Caperucita roja, que os trae una torta y un tarrito de manteca que os envia mi madre.

El lobo gritó procurando endulzar la voz:

—Tira del cordel y se abrirá el cancel.

Caperucita roja tiró del cordel y la puerta se abrió.

Al verla entrar, el lobo le dijo, ocultándose debajo de la manta.

Deja la torta y el tarrito de manteca encima de la artesa y vente á acostar conmigo.

Caperucita roja lo hizo, se desnudó y se metió en la cama. Grande fué su sorpresa al aspecto de su abuela sin vestidos, y le dijo:

—Abuelita, teneis los brazos muy largos.

—Así te abrazaré mejor, hija mia.

—Abuelita, teneis las piernas muy largas.

—Así correré más, hija mia.

—Abuelita, teneis las orejas muy grandes.

—Así te oiré mejor, hija mia.

—Abuelita, tenéis los ojos muy grandes.

—Así te veré mejor, hija mia.

Digitized by Google

—Abuelita, teneis los dientes muy grandes.

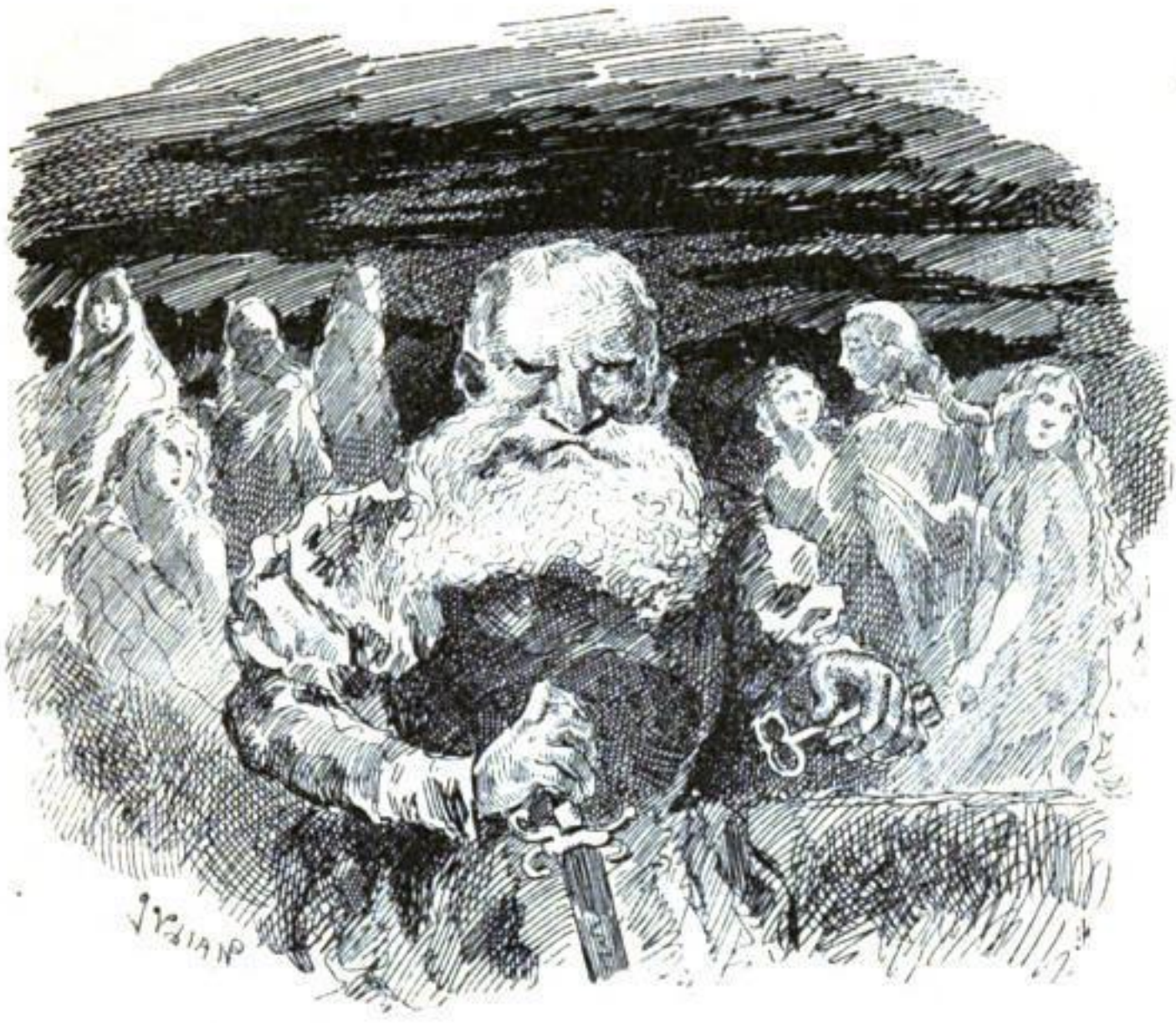
—Así comeré mejor, hija mia.

Y al decir estas palabras, el malvado lobo arrojóse sobre Caperucita roja y se la comió.

MORALEJA.

La niña bonita,
la que no lo sea,
que á todas alcanza
esta moraleja,
mucho miedo, mucho,
al lobo le tenga,
que á veces es jóven
de buena presencia,
de palabras dulces,
de grandes promesas,
tan pronto olvidadas
como fueron hechas.

Digitized by Google



BARBA-AZUL.

En otro tiempo vivia un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles muy adornados y carrozas doradas; pero, por desgracia, su barba era azul, color que le daba un aspecto tan feo y terrible que no habia mujer ni jóven que no huyera á su vista.

Una de sus vecinas, señora de rango, tenia dos hijas muy hermosas. Pidióle una en matrimonio, dejando á la madre la eleccion de la que habia de ser

Digitized by Google

su esposa. Ninguna de las jóvenes queria casar con él y cada cual lo endosaba á la otra, sin que la otra ni la una se resolvieran á ser la mujer de un hombre que tenía la barba azul. Además, aumentaba su disgusto el hecho de que habia casado con varias mujeres y nadie sabía lo que de ellas habia sido.

Barba-Azul, para trabar con ellas relaciones, llevólas con su madre, tres ó cuatro amigos íntimos y algunas jóvenes de la vecindad á una de sus casas de campo en la que permanecieron ocho dias completos, que emplearon en paseos, partidos de caza y pesca, bailes y tertulias, sin dormir apénas y pasando las noches en decir chistes. Tan agradablemente se deslizó el tiempo, que á la menor parecióle que el dueño de la casa no tenía la barba azul y que era un hombre muy bueno; y al regresar á la ciudad celebraron la boda.

Al cabo de un mes Barba-Azul dijo á su esposa que se veia obligado á hacer un viaje á provincias, que á lo ménos duraria seis semanas, siendo importante el asunto que á viajar le obligaba. Rogóle que durante su ausencia se divirtiese cuanto pudiera, invitara á sus amigas á acompañarla, fuera con ellas al campo, si de ello gustaba, y procurara no estar triste.

—Aquí tienes, añadió, las llaves de los dos grandes guarda-muebles. Estas son las de la vajilla de oro y plata que no se usa diariamente; las que te entrego pertenecen á las cajas donde guardo los metales preciosos; estas las de los cofres en los que están mis piedras y joyas, y aquí te doy el llavin que abre las puertas de todos los cuartos. Esta llavecita es la del gabinete que hay al extremo de la gran galería de abajo. Abrelo

Digitized by Google

todo, entra en todas partes, pero te prohibo penetrar en el gabinete; y de tal manera te lo prohibo, que si lo abres puedes esperarlo todo de mi cólera.

Prometióle atenerse exactamente á lo que acababa de ordenarle; y él, despues de haberla abrazado, metióse en el carruaje y emprendió su viaje.

Las vecinas y los amigos no esperaron á que les llamasen para ir á casa de la recien casada, pues grandes eran sus deseos de verlo todo, que no se atrevieron á realizar estando el marido, porque su barba azul les espantaba. Acto contínuo pusiéronse á recorrer los cuartos, los gabinetes, los guarda-ropas, siendo sorprendente la riqueza de cada habitacion. Subieron en seguida á los guarda-muebles, donde no se cansaron de admirar el número y belleza de los tapices, camas, sofás, papeleras, vela-

Digitized by Google

dores, mesas y espejos que reproducian las imágenes de la cabeza á los piés y en los que los adornos, los unos de cristal, de plata y dorados los otros, eran tan bellos y magníficos que iguales no se habian visto. No cesaban de ponderar y envidiar la dicha de su amiga, que no se divertia viendo tales riquezas, pues la dominaba la impaciencia por ir á abrir el gabinete de abajo.

Empujóla la curiosidad, y sin fijarse en que faltaba á la educacion abandonando á sus amigas, bajó por una escalerilla reservada, con tanta precipitacion que dos ó tres veces corrió peligro de desnucarse. Al llegar á la puerta del gabinete detúvose algun tiempo, pensando en la prohibicion de su marido y reflexionando que la desobediencia podía atraerle alguna desgracia; pero la tentacion era tan fuerte que no pudo vencerla, y tomando la llavecita abrió temblando la puerta del gabinete.

Al principio nada vió, debido á que las ventanas estaban cerradas. Al cabo de algunos instantes comenzaron á destacarse los objetos y notó que el suelo estaba completamente cubierto de sangre cuajada y que en ella se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas y sujetas á las paredes. Estas mujeres eran todas aquellas con quienes Barba-Azul habia casado, á las que habia degollado una tras otra. Creyó morir de miedo ante tal espectáculo y se le cayó la llave del gabinete que acababa de sacar de la cerradura.

Despues de haberse repuesto algo, cogió la llave, cerró la puerta y subió á su cuarto para dominar su agitacion, sin que lo lograse, pues era extraordinaria.

Digitized by Google

Habiendo notado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la enjugó dos ó tres veces, pero la sangre no desaparecía. En vano la lavó y hasta la frotó con arenilla y asperon, pues continuaron las manchas sin que hubiera medio de hacerlas desaparecer, porque cuando lograba quitarlas de un lado, aparecian en el otro.

Barba-Azul regresó de su viaje la noche de aquel mismo dia y dijo que en el camino habia recibido cartas noticiándole que habia terminado favorablemente para él el asunto que le habia obligado á ausentarse. La esposa hizo cuanto pudo para que creyese que su inesperada vuelta la habia llenado de alegría.

Al dia siguiente le pidió las llaves y se las entregó tan temblorosa, que en el acto adivinó todo lo ocurrido.

—¿Por qué no está con las otras la llavecita del gabinete? le preguntó.

—Probablemente la habré dejado sobre mi mesa, contestó.

—Dámela en seguida, añadió Barba-Azul.

Despues de varias dilaciones, forzoso fué entregar la llave. Miróla Barba-Azul y dijo á su mujer:

—¿A qué se debe que haya sangre en esta llave?

—Lo ignoro, contestó más pálida que la muerte.

—¿No lo sabes? replicó Barba-Azul; yo lo sé. Has querido penetrar en el gabinete. Pues bien, entrarás en él é irás á ocupar tu puesto entre las mujeres que allí has visto.

Al oir estas palabras arrojóse llorando á los piés

Digitized by Google

de su esposo y pidióle perdon con todas las demostraciones de un verdadero arrepentimiento por haberle desobedecido. Hubiera conmovido á una roca, tanta era su afliccion y belleza, pero Barba-Azul tenía el corazon más duro que el granito.

—Es necesario que mueras, le dijo, y morirás en el acto.

—Puesto que es forzoso, murmuró mirándole con los ojos anegados en llanto, concédeme algun tiempo para rezar.

—Te concedo diez minutos, replicó Barba-Azul, pero ni un segundo mas.

En cuanto estuvo sola llamó á su hermana y le dijo :

—Anita de mi corazon; sube á lo alto de la torre y mira si vienen mis hermanos. Me han prometido que hoy vendrán á verme, y si les vés hazles seña de que apresuren el paso.

Subió Anita á lo alto de la torre y la mísera le preguntaba á cada instante.

—Anita, hermana mia, ¿ vés algo ?

Y Anita contestaba :

—Sólo veo el sol que centellea y la hierba que verdea.

Barba-Azul tenía una enorme cuchilla en la mano y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones á su mujer :

—Baja en seguida ó subo yo.

—¡Un instante, por piedad! le contestaba su esposa; y luego decía en voz baja: — Anita, hermana mia, ¿ vés algo ?

Su hermana respondia :

Digitized by Google

—Sólo veo el sol que centellea y la hierba que verdea.

—Baja pronto, bramaba Barba-Azul, ó subo yo.

—Bajo, contestó la infeliz; y luego preguntó: — Anita, hermana mia, ¿viene álguien?

—Sí; veo una gran polvoreda que hácia aquí avanza...

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay! nó, hermana mia; es un rebaño de carneros.

—¿Bajas ó no bajas? vociferaba Barba-Azul.

—¡Un momento, otro instante no mas! exclamó su mujer; y luégo añadió: — Anita, hermana mia, ¿viene álguien?

—Veo, contestó, dos caballeros que hácia aquí se encaminan, pero áun están muy léjos. ¡Alabado sea Dios! exclamó, poco despues; ¡son mis hermanos! les hago señas para que apresuren el paso.

Barba-Azul se puso á gritar con tanta fuerza que se estremeció la casa entera. Bajó la infeliz mujer y fué á arrojarse á sus piés llorosa y desgreñada.

—De nada han de servirte las lágrimas, le dijo; has de morir.

Luego agarróla de los cabellos con una mano y levantó con la otra la cuchilla para cortarle la cabeza. La infeliz hácia él volvió la moribunda mirada y rogóle le concediese unos segundos.

—Nó, nó, rugió aquel hombre; encomiéndate á Dios.

Y al mismo tiempo levantó el armado brazo...

En aquel momento golpearon con tanta fuerza la puerta, que Barba-Azul se detuvo. Abrieron y en-

Digitized by Google

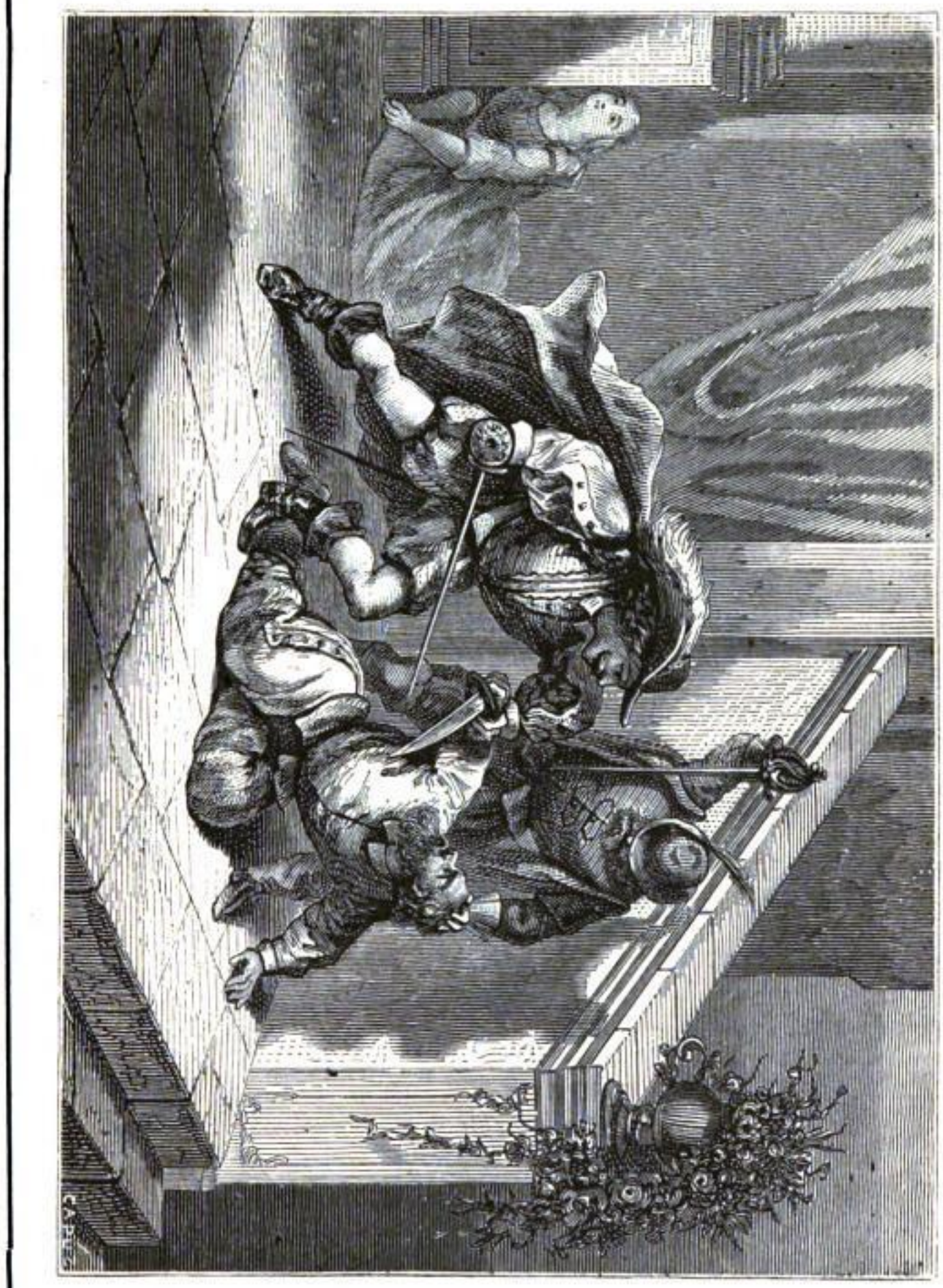
traron dos caballeros, quienes desnudando las espadas corrieron hácia donde estaba aquel hombre, que reconoció á los dos hermanos de su mujer, el uno perteneciente á un regimiento de dragones y el otro mosquetero; y al verles escapó. Persiguiéronle tan de cerca ambos hermanos, que le alcanzaron ántes que hubiese podido llegar á la plataforma; le atravesaron el cuerpo con sus espadas y le dejaron muerto. La pobre mujer casi tan falta de vida estaba como su marido y ni fuerzas tuvo para levantarse y abrazar á sus hermanos.

Resultó que Barba-Azul no tenia herederos, con lo cual todos sus bienes pasaron á su esposa, quién empleó una parte en casar á su hermana Anita con un jóven gentil-hombre que hacía tiempo la amaba, otra parte en comprar los grados de capitan para sus hermanos y el resto se lo reservó, casando con un hombre muy digno y honrado que la hizo olvidar los tristes instantes que habia pasado con Barba-Azul.

MORALEJA.

De lo dicho se deduce,
si el cuento sabes leer,
que al curioso los disgustos
suelen venirle á granel.
La curiosidad empieza,
nos domina, y una vez
satisfecha, ya no queda
de ella siquiera el placer,
pero quedan sus peligros
que has de evitar por tu bien.

Digitized by Google

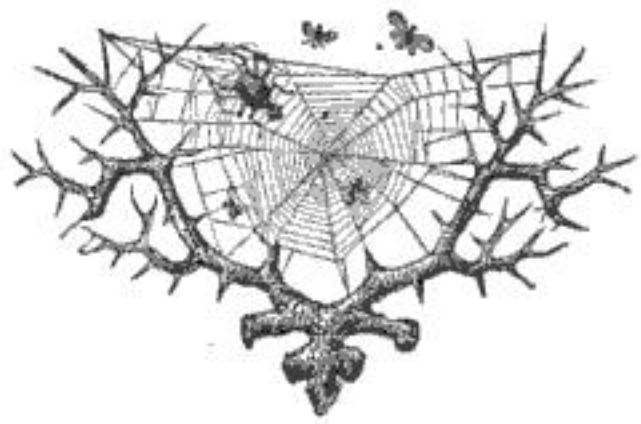


Digitized by Google

Digitized by Google

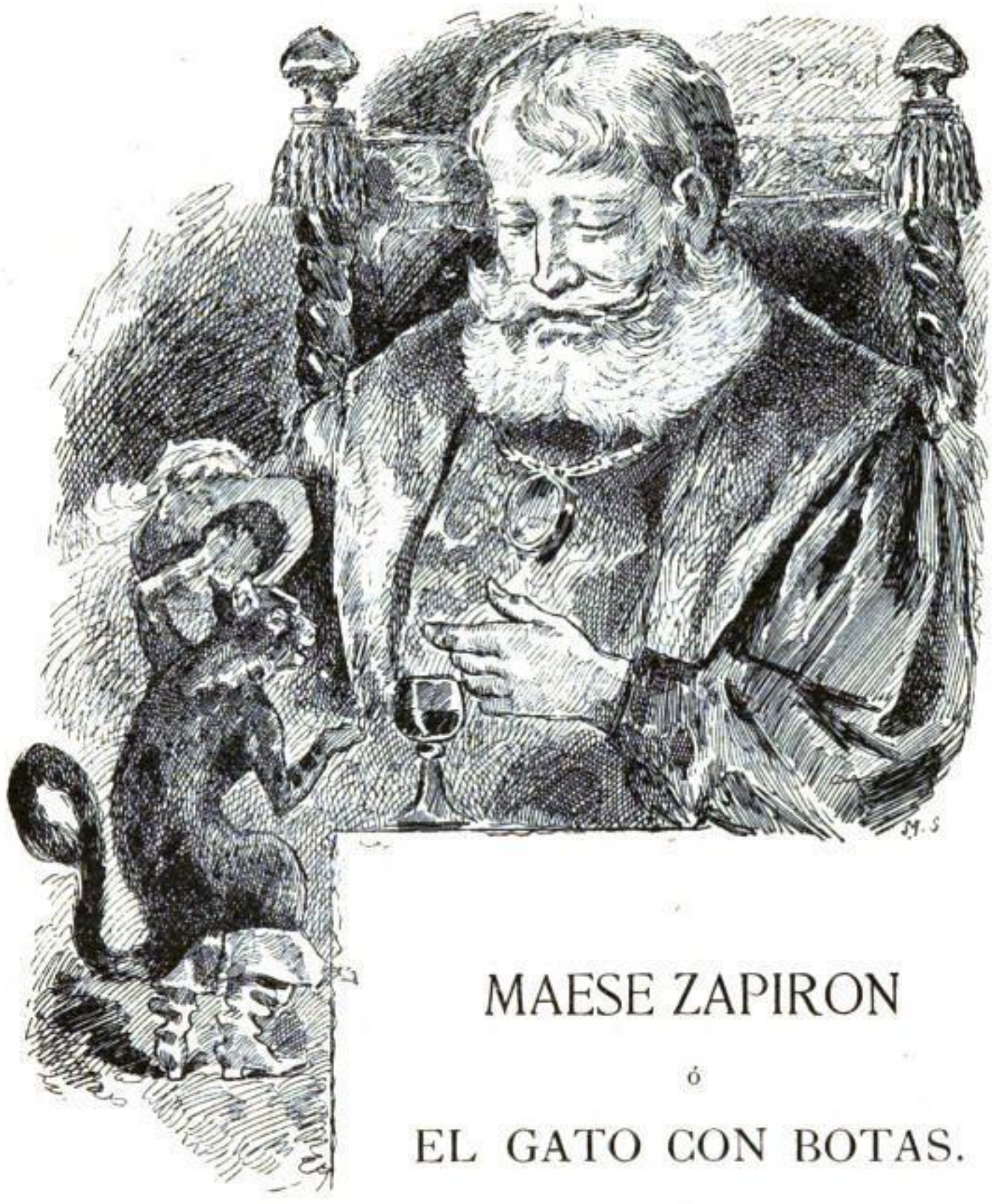
OTRA MORALEJA.

A tiempos ya muy lejanos
se refiere aqueste cuento.
Mas ahora, aunque el marido
devorado esté por celos
y tenga la barba azul,
ó bien negro tenga el pelo,
le domina la mujer
con la dulzura y talento.
Para que haya paz en casa,
ya sabeis cual es el medio.



Digitized by Google

Digitized by Google



MAESE ZAPIRON

ó

EL GATO CON BOTAS.

Dejó un molinero por todo patrimonio á sus tres hijos, el molino, el asno y el gato. El reparto fué cosa breve, sin necesidad de la intervencion del notario ni del procurador, quienes se hubieran comido muy pronto la pobre herencia. Al hijo mayor correspondióle el molino, al segundo el asno y al menor el gato.

Digitized by Google

Este no podia consolarse de haberle tocado tan pobre lote y se decía:

—Mis hermanos podrán ganarse la vida honradamente formando sociedad; pero cuando me haya comido el gato y hecho un manguito de su piel, no me quedará otro recurso que morirme de hambre.

Maese Zapiron, que oia estas palabras, pero sin que al parecer fijara en ellas la atencion, le dijo:

—No òs pongais triste, señor amo. Dadme un saco y un par de botas para penetrar en la maleza y os convencereis de que el lote que os ha correspondido no es tan malo como creeis.

Aunque el dueño del gato no hizo gran caso de lo que le dijo, como le habia visto hacer tantas travesuras para cazar ratas y ratones, en particular cuando se colgaba de los piés ó se metía en la harina haciendo el muerto, tuvo alguna esperanza de salir de su miseria.

Cuando el gato tuvo lo que habia pedido, calzóse resueltamente las botas, y poniéndose el saco á la espalda cogió los cordones con sus dos patas y se fué á un conejar donde habia muchos conejos. Metió salvado y cerrajas en el saco, y tendiéndose como si estuviera muerto, esperó á que algun gazapo, poco entendido en mañas, se coláse en el saco para comer lo que dentro habia puesto.

Apénas estuvo en el suelo cuando un aturdido gazapillo metióse en el saco, y maese Zapiron tiró en el acto los cordones, cogió el gazapo y lo mató sin misericordia.

Muy orgulloso de su presa fuése al palacio del rey y pidió hablarle. Le hicieron subir á la cámara real.

Digitized by Google

y en cuanto entró hizo una gran reverencia y dijo al rey:

—Señor: el marqués de la Chirimía, (este fué el título que dió á su amo) me ha encargado os ofreciera este conejo.

—Dí al marqués, contestó el rey, que le doy las gracias y recibo con gusto su regalo.

Otro dia maese Zapiron fué á un campo de trigo, donde se ocultó teniendo el saco abierto como de costumbre, y cuando se hubieron metido en él dos perdices, corrió los cordones y cazó las dos. Fuése en seguida á regalarlas al rey, como habia hecho con el conejo; el rey las recibió muy contento y mandó que le dieran una propina.

Durante algunos meses el gato continuó llevando al rey conejos y perdices como regalo de su amo. Supo un dia que el monarca debía ir á pasear con su hija, la más bella de las princesas, á orillas del rio, y dijo al pobre hijo del molinero:

—Si quereis seguir mi consejo ganais una fortuna, y para lograrlo no teneis más que hacer sino bañaros en el punto del rio que os indicaré, y luego dejadme obrar.

El marqués de la Chirimía hizo lo que su gato le aconsejaba, sin adivinar lo que se proponía. Miéntras se estaba bañando pasó el rey y el gato comenzó á gritar tan recio como pudo:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡El marqués de la Chirimía se ahoga!

A sus gritos el rey asomó la cabeza á la portezuela, reconoció el gato que le habia traido conejos y perdices tantas veces, y ordenó á su escolta que

Digitized by Google

fuese volando en socorro del marqués de la Chirimía.

Miéntras sacaban del rio al pobre marqués, el gato se acercó á la carroza y dijo al rey que durante el tiempo que su amo habia estado bañándose habian venido ladrones y se habian llevado sus vestidos á pesar de haber dado voces con toda la fuerza de que era capaz. El pillin habia ocultado los vestidos debajo de una gruesa piedra.

El rey ordenó en el acto á oficiales de su guardaropa que fuesen á buscar uno de los más hermosos vestidos para el señor marqués de la Chirimía, con quien el monarca se mostró muy amable; y como los ricos vestidos que acababan de traerle pusiesen más de relieve su buen aspecto, pues era guapo y bien formado, la hija del rey le dijo que era muy buen mozo; y bastaron dos ó tres miradas del marqués, muy respetuosas y algo tiernas, para que la princesa se enamorara locamente de él.

El rey quiso que subiera al coche y hablara con él. Muy alegre el gato de ver que sus planes comenzaban á tener buen éxito, se adelantó; y habiendo encontrado dos campesinos que guadañaban un prado, les dijo:

—Buenas gentes que estais guadañando, si no decís al rey que este prado pertenece al señor marqués de la Chirimía, sereis destrozados hasta hacer jigote de vuestras carnes.

El rey no dejó de preguntar á los guadañeros de quién era el prado en el que trabajaban, y como la amenaza de maese Zapiron les habia espantado, ambos contestaron á un tiempo:

Digitized by Google

—Pertenece al señor marqués de la Chirimía.

—Teneis una magnífica propiedad, le dijo el rey.

—Es un prado, respondió el marqués, que no deja de producirme muy buena renta cada año.

Digitized by Google

El Gato, que continuaba teniendo la delantera, encontró varios segadores y les dijo:

—Buenas gentes que estais segando, si no decís que todos estos trigos pertenecen al Sr. marqués de la Chirimía, sereis destrozados hasta hacer jigote de vuestras carnes.

Pasó el rey poco despues y quiso saber quién era el dueño de todos los trigos que veía.

—Pertenecen al Sr. marqués de la Chirimía, contestaron los segadores; y el rey expresó de nuevo su contento al marqués. El Gato, que no habia dejado de ir delante de la carroza, dirigía las mismas palabras á cuantos encontraba y el rey estaba maravillado de los muchos bienes del Sr. marqués de la Chirimía.

Maese Zapiron llegó por último á un hermoso castillo cuyo dueño era un Ogro, el más rico que se haya visto, pues todas las tierras por donde el rey habia pasado deperdian del castillo. El Gato, que habia procurado informarse de quien era el Ogro y lo que sabia hacer, pidió hablarle, diciendo que no habia querido pasar tan cerca del castillo sin haber tenido el honor de ofrecerle sus respetos.

El Ogro le recibió con toda la finura de que es capaz un ogro y le invitó á descansar.

—Me han asegurado, dijo el Gato, que teneis el don de transformaros en toda suerte de animales, como por ejemplo, en leon, en elefante...

—Es verdad, contestó el Ogro bruscamente, y para mostrároslo me vereis convertido en leon.

Tan grande fué el espanto del Gato al hallarse delante de un leon, que de un salto se fué al alero

Digitized by Google

del tejado, no sin pena y peligro, á causa de sus botas, que de nada le servian para andar por encima de las tejas.

Cuando el Ogro hubo recobrado su primitiva forma, el Gato bajó del tejado y confesó que habia tenido miedo.

—Tambien me han asegurado, añadió maese Zapiron, pero no puedo creerlo, que podeis tomar la forma de los más pequeños animales, como, por ejemplo, convertiros en rata y en ratoncillo. Os confieso que tal cosa la tengo por del todo imposible.

—¡Imposible! exclamó el Ogro. Ahora vereis.

Apénas hubo pronunciado estas palabras cuando se transformó en un ratoncillo que comenzó á correr por el suelo. En cuanto el Gato lo hubo visto, lo cogió y se lo comió.

Miéntras tanto el rey, que al pasar fijóse en el soberbio castillo, quiso entrar en él. Oyó el Gato el ruido de la carroza que atravesaba el puente levadizo, salió al encuentro del monarca y le dijo:

—Sea bienvenida V. M. al castillo del señor marqués de la Chirimía.

—¿Tambien os pertenece este castillo, señor marqués? preguntó el rey. Es imposible hallar cosa más agradable que este patio y los edificios que le rodean. Veamos el interior.

El marqués dió la mano á la jóven princesa, y siguiendo al rey, que subió el primero, entraron en una gran sala en donde hallaron una magnífica comida que el Ogro habia mandado disponer para sus amigos, que debian verle aquel mismo dia, pero que no se habian atrevido á entrar al saber que el rey

Digitized by Google

estaba allí. El monarca, muy satisfecho de las buenas cualidades del señor marqués, lo mismo que la princesa que estaba locamente enamorada de él, al ver los grandes bienes que poseía le dijo, despues de haber bebido cinco ó seis veces:

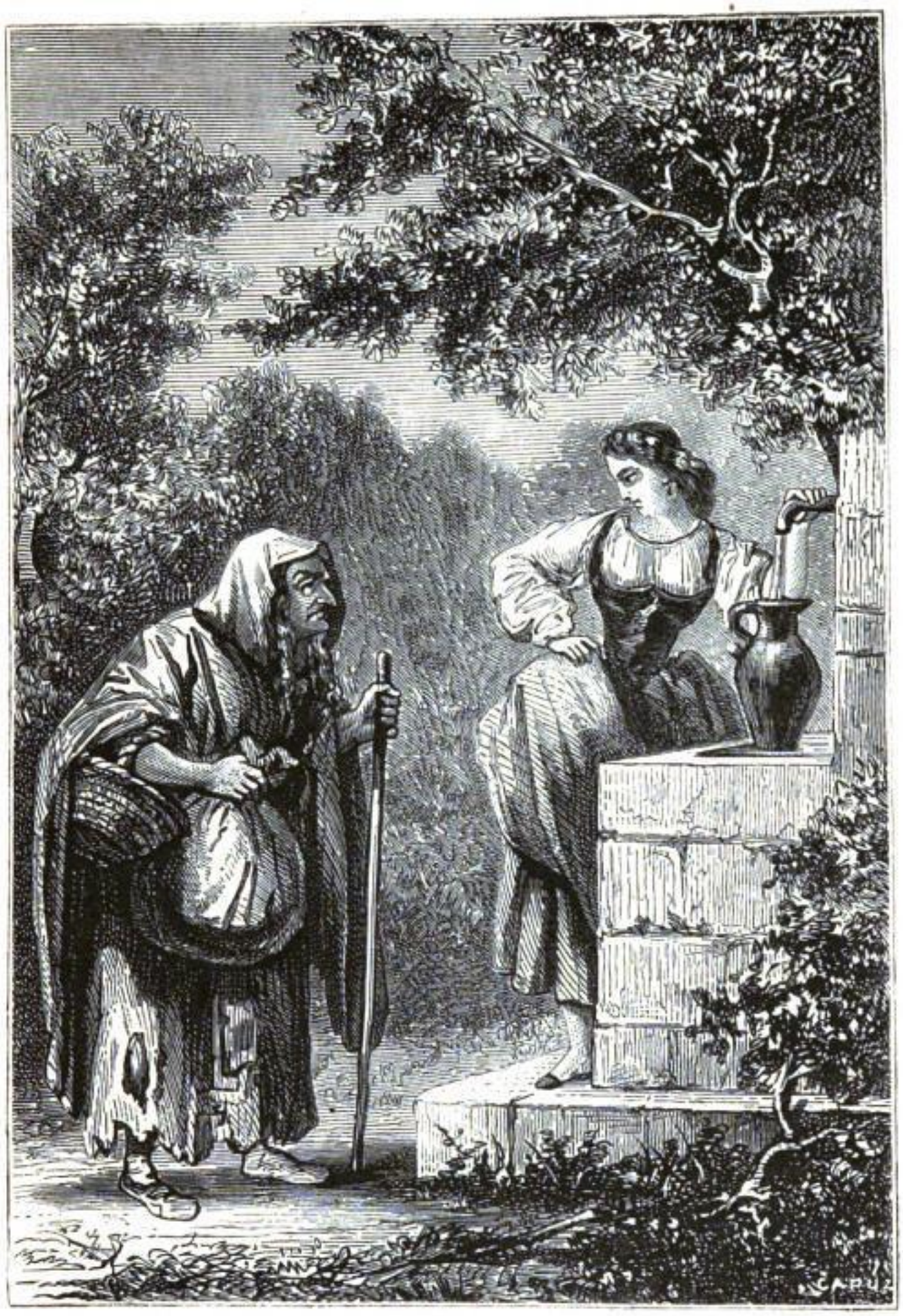
—De vos depende, señor marqués, que seais mi yerno.

El marqués hizo una gran reverencia y aceptó el honor que le dispensaba el rey, y aquel mismo dia casó con la princesa. El Gato llegó á ser un señor muy principal y sólo cazó ya ratones por diversion.

MORALEJA.

Vale mucho una herencia,
pero más vale
el ingenio, el trabajo
y el ¡dále! ¡dále!
de la constancia;
cualidades que abaten
grandes montañas.
No te asuste ni venza
el ser muy pobre,
que el talento abrir puede
ancho horizonte,
y la riqueza
del hombre laborioso
es recompensa.

Digitized by Google



LAS HADAS.

Cierta viuda tenía dos hijas; la mayor tanto se la asemejaba en el carácter y el rostro, que quien la veía, á su madre miraba; y una y otra eran tan poco

Digitized by Google

amables y tan orgullosas, que no habia manera de vivir con ellas. La menor era el exacto retrato de su padre por su dulzura y honestidad, y cuantos la conocian afirmaban que era jóven hermosísima de alma y de cuerpo. Como cada cual ama á su semejante, con delirio quería la madre á la mayor y era grande su aversion por la otra, á quien obligaba á comer en la cocina, condenándola á un trabajo incesante. Veíase obligada la pobre criatura á ir dos veces al dia en busca de agua á un punto que distaba más de media legua de la casa, regresando con una enorme jarra llena. Un dia que estaba en la fuente, acercósela una pobre mujer y rogóle la diese de beber.

—Con mucho gusto, mi buena madre, le contestó la hermosa jóven; y levantando la jarra llenóla de agua en el sitio de la fuente donde más cristalina era, y luego la sostuvo presentándola á la vieja para que bebiera con toda comodidad.

Una vez hubo apagado su sed la pobre mujer, le dijo:

—Eres tan bella, tan hermosa y tan honesta que quiero hacerte un don: á cada palabra que dirás saldrá de tu boca una flor ó una piedra preciosa.

La vieja era una hada que habia tomado las apariencias de una pobre mujer de aldea por ver hasta donde llegaba la bondad de la jóven.

En cuanto llegó á su casa, riñóla su madre porque volvía tan tarde de la fuente.

—Perdon os pido, madre mia, contestó la pobre jóven, por haber tardado tanto tiempo.

Al decir estas palabras, le salieron de la boca dos rosas, dos perlas y dos gruesos diamantes.

Digitized by Google

—¡Qué veo! exclamó su madre llena de admiracion. ¡Me parece que te saltan de la boca perlas y diamantes! ¿A qué se debe eso, hija mia?

Fué la vez primera que la llamó hija. La pobre jóven le contó candorosamente lo que le habia pasado, y miéntras habló saltaron diamantes en número infinito de sus labios.

—Es necesario que envie mi otra hija á la fuente, dijo la madre. Mira lo que sale de la boca de tu hermana cuando habla. ¿No te gustaría poseer el mismo don? Para alcanzarlo no tienes más que ir por agua á la fuente, y cuando una pobre mujer te pida de beber, complacerla con mucha amabilidad.

—¡No faltaba mas! exclamó la mayor; ¡ir yo á la fuente!

—Quiero que vayas en seguida, ordenó la madre.

A la fuente fuése, pero murmurando durante todo el camino. Llevóse la más hermosa jarra de plata que habia en la casa, y en cuanto llegó á la fuente vió salir del bosque una dama magníficamente vestida que le pidió de beber. Era la misma hada que se habia aparecido á su hermana, pero esta vez se presentaba con las maneras y vestidos de una princesa, por ver hasta donde llegaba la maldad de la jóven.

—¿Acaso he venido aquí, le contestó con rudeza la orgullosa, para daros de beber? ¿Creeis que para eso he traido una jarra de plata? Aquí está la fuente, y si teneis sed, bebed.

Contestóle la hada, sin que sus palabras revelasen irritacion:

—No eres buena, y puesto que tan poca es tu

Digitized by Google

amabilidad, te concedo un don: á cada palabra que pronuncies saldrá de tu boca una culebra ó un galápago.

Al regresar á la casa gritóla su madre en cuanto la vió:

—¿Y bien, hija mia?

—¿Y bien, madre mia? contestó secamente, miéntras saltaban de su boca dos vívoras y dos galápagos.

—¡Cielo santo! exclamó la madre; tu hermana tiene de ello la culpa y me la pagará.

Dicho esto corrió detrás de la menor para golpearla, y la pobre jóven escapó y fuése al bosque próximo donde se refugió. Hallóla el hijo del rey que volvía de caza, y al verla tan hermosa la preguntó que hacía sola en tal sitio y porque lloraba.

—¡Ah, señor, sollozó, mi madre me ha echado de casa!

El hijo del rey, que vió salir de su boca cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes, rogóla le dijera á que se debía tal maravilla. Refirióle la jóven su aventura de la fuente. Enamoróse de ella el príncipe, y considerando que el don que poseía valía más que la dote que pudiese tener otra mujer, llevóla al palacio de su padre y casó con ella.

En cuanto á la hermana mayor, tanto se hizo aborrecer que su madre la echó fuera; y despues de haber andado mucho la desgraciada sin encontrar quien quisiera recibirla, murió en un rincon del bosque.

Digitized by Google

MORALEJA.

Con diamantes y dinero
mucho se obtiene en verdad,
pero con dulces palabras
aún se obtiene mucho mas.

OTRA MORALEJA.

La honradez, tarde ó temprano
alcanza su recompensa,
y con frecuencia se logra
cuando en ella no se piensa.

Digitized by Google

LA CENICIENTA

6

LA CHINELA DE CRISTAL.

Érase un gentil-hombre que casó en segundas nupcias con una mujer altiva y huraña como otra no haya habido. Tenía dos hijas, como ella orgullosas y que en todo se le asemejaban. El esposo tenía una hija, cuya dulzura y bondad nadie aventajaba; cualidades que asemejaban las de su difunta madre, que fué buena entre las buenas.

Apénas celebradas las bodas, la madrastra hizo pesar su pésimo carácter sobre la jóven, cuyas buenas cualidades no podía sufrir, tanto ménos cuanto comparadas con las de sus hijas, éstas aparecían más despreciables. Encargóle las más humildes faenas de la casa; debia fregar los platos y los chismes

Digitized by Google

todos de la cocina, barría los cuartos de la señora y de sus dos hijas; dormía en el granero y en un mal jergon, miéntras sus hermanas estaban en habitaciones bien amuebladas, tenían camas lujosas y grandes espejos, en los que se veían de la cabeza á los piés. La desdichada sufría con paciencia y no osaba quejarse á su padre, quién la hubiera reñido, pues estaba dominado por su mujer.

Cuando había terminado su tarea iba á un rincon de la chimenea y se sentaba encima de la ceniza, lo que dió orígen á que la aplicaran un feo mote; mas la menor, que no era tan mala como su hermana, la llamaba Cenicienta, á pesar de lo cual la pobrecita, con sus remendados vestidos, era cien veces más hermosa que sus hermanas á pesar de sus magníficos trajes.

En aquel entónces el hijo del rey dió un baile al que invitó á todas las personas distinguidas y tambien á las dos señoritas, que figuraban en primera línea entre las de aquel país. Hételas ocupadas en escoger los vestidos y adornos que mejor habian de sentarles, de lo cual habia de resultar aumento de trabajo para la Cenicienta, porque ella era la que repasaba la ropa de sus hermanas y cuidaba del atadillo y pliegues de sus jubones. Sólo se hablaba del traje que se pondrian.

—Yo, dijo la mayor, llevaré el vestido de terciopelo rojo y un aderezo de Inglaterra.

—Yo, añadió la menor, me pondré las sayas que acostumbro llevar, pero, en cambio, ostentaré mi manto recamado de flores de oro y mi adorno de diamantes, que es joya de las mejores.

Digitized by Google

Mandaron llamar á una buena peinadora para que hiciera maravillas, y enviaron por lunares á la tienda donde mejor los fabricaban. Llamaron á la Cenicienta para pedirle su opinion, porque su gusto era exquisito, y les dió escelentes consejos y hasta se ofreció para peinarlas, lo que aceptaron sus hermanas.

Mientras las estaba peinando, le dijeron:

—Cenicienta, ¿te gustaria ir al baile?

—¡Ay, señoritas, ustedes se burlan de mí! ¡No es al baile donde debo ir!

—Tienes razon: ¡cómo reirian si viesen á una jóven como tú en el baile!

Otra que no hubiese sido la Cenicienta, las hubiera peinado mal; pero era buena y las peinó perfectamente bien. Casi dos dias estuvieron sin comer, tanta era su alegría; rompieron más de doce lazos á fuerza de apretar para que su talle fuese más chiquitito y pasaron todo el tiempo delante del espejo.

Por fin llegó el tan deseado dia; fuéronse al baile y con la mirada siguiólas la Cenicienta hasta perderlas de vista. Cuando hubieron desaparecido se puso á llorar. Su madrina, al verla anegada en llanto, preguntóle que tenia.

—Yo quisiera... yo quisiera...

Los sollozos le embargaban la voz y no podia continuar. Su madrina, que era hada, le dijo:

—¿Deseas ir al baile? ¿He adivinado?

—¡Ah! sí; contestó la Cenicienta suspirando.

—¿Serás buena? le preguntó su madrina. Si lo eres, irás al baile.

Digitized by Google

Llevóla á su cuarto, y le dijo: — Vé al jardin y tráeme una calabaza.

La Cenicienta fuése en seguida á buscarla y cogió la más hermosa que encontró, entregándola á su madrina, sin que acertase á adivinar qué tenía que ver la calabaza con el baile. Su madrina la vació, y cuando sólo quedó la corteza, tocóla con su varita, é inmediatamente convirtióse la calabaza en una magnífica carroza dorada. Fuése luégo en busca de la ratonera, donde halló seis ratones, todos vivos. Dijo á la Cenicienta que levantara un poquito la trampa, y cuando salía uno, le daba un golpecito con su varilla, transformándose inmediatamente el raton en un soberbio caballo; de modo que reunió un magnífico tiro de seis corceles de un hermoso gris de rata que admiraba.

Pensando estaba de qué haría un cochero, cuando la Cenicienta dijo:

—Veré si ha quedado algun raton en la ratonera y le convertirémos en cochero.

—Buena idea, contestóle. Vé á mirarlo.

La Cenicienta volvió con la ratonera en la que habia tres grandes ratas. La Hada escogió una entre los tres, dándole la preferencia por su barba; y habiéndolo tocado con la varilla, se transformó en un fornido cochero con gruesos bigotes.

Luego le dijo:

—Vé al jardin y tráeme seis lagartos que encontrarás detrás de la regadera.

Así lo hizo, y en el acto su madrina convirtió los lagartos en otros tantos lacayos, que inmediatamente subieron á la carroza con sus libreas galoneadas,

Digitized by Google

manteniéndose firmes como si en su vida hubiesen hecho otra cosa.

La Hada dijo entónces á la Cenicienta:

—Vaya! ya tienes lo necesario para ir al baile. ¿ Estás contenta ?

—Sí, madrina; pero, ¿ iré al baile con mi feo vestido ?

Su madrina tocóla con la varita y sus ropas se convirtieron en vestidos de oro y seda recamados de pedrería. Luégo le dió unas chinelas de cristal, las más lindas que humanos ojos hayan visto. Subió la Cenicienta á la carroza y su madrina le recomendó con mucho empeño que saliese del baile ántes de media noche, advirtiéndola que si permanecía en él un momento más, la carroza volvería á convertirse en calabaza, los caballos en ratones, los lacayos en lagartos y sus hermosos vestidos tomarian la primitiva forma que tenian.

Despues de haber prometido á su madrina que se retiraría del baile ántes de media noche, fuése llena de alegría. Dióse aviso al hijo del rey de que acababa de llegar una gran princesa desconocida y corrió á recibirla. Le dió la mano para que bajara de la carroza y llevóla al salon donde estaban los convidados. A su entrada reinó un gran silencio, cesaron todos de bailar y pararon los violines, tanta fué la impresion producida por la extraordinaria belleza de la desconocida y tan grande el deseo de contemplarla. Sólo se oia el confuso murmullo producido por esta exclamacion que salia de todos los labios.

—¡Qué hermosa es!

El mismo rey, apesar de su vejez, no se cansaba

Digitized by Google

de mirarla y decia en voz baja á la reina que hacía mucho tiempo no habia visto una mujer tan bella

y amable. Todas las damas estaban absortas en la contemplacion de su tocado y vestidos con el propósito de tener otros iguales al dia siguiente, si bien

Digitized by Google

dudaban encontrar telas tan bellas y modistas hábiles para hacerlos.

El hijo del rey llevóla al puesto más distinguido y luego la invitó á danzar. Bailó con tanta gracia que áun la admiraron más. Sirvióse un espléndido refresco, pero nada probó el jóven príncipe, pues sólo pensaba en mirarla. La Cenicienta fué á sentarse al lado de sus hermanas, con quienes mostróse muy amable, dándoles naranjas y limones de los que el príncipe le habia ofrecido, lo que las admiró mucho, porque no la conocieron.

Mientras estaban hablando, la Cenicienta oyó que el reloj daba las doce ménos cuarto. Hizo una gran reverencia á los asistentes y se fué tan de prisa como pudo. En cuanto llegó á su casa dirigióse al encuentro de su madrina, y despues de haberle dado las gracias le dijo que desearia volver al baile del siguiente dia, por que el hijo del rey se lo habia rogado. Ocupada estaba en referir á su madrina todo lo que habia ocurrido, cuando las dos hermanas llamaron á la puerta. La Cenicienta fué á abrir, y les dijo:

—¡Cuánto habeis tardado en volver!

Al mismo tiempo se frotaba los ojos y se desperezaba como si acabara de despertar, por más que no hubiere pensado en dormir desde que se separaron. Una de sus hermanas exclamó:

—Si hubieses estado en el baile no te hubieras fastidiado, pues ha ido la más hermosa princesa que pueda verse, quien se ha mostrado con nosotras muy amable y nos ha dado naranjas y limones.

Extraordinario era el júbilo de la Cenicienta. Pre-

Digitized by Google

guntóles el nombre de la princesa, y le contestaron que se ignoraba, añadiendo que esto hacía sufrir mucho al hijo del rey, que daría todo lo del mundo por saberlo. Sonrió la Cenicienta, y les dijo:

—¿Era muy bella? ¡Dios mio! cuán dichosas sois vosotras; tambien lo seria yo si pudiese verla. Hermana mía, préstame tu vestido amarillo, el que te pones cada dia.

—¿Crees que he perdido el juicio? No estoy loca rematada para prestar mi vestido á una fea y sucia como tú.

La Cenicienta contaba con esta negativa, que no le pesó, pues no hubiera sabido que hacerse si su hermana hubiese accedido á su demanda.

Al dia siguiente las dos hermanas fueron al baile y tambien la Cenicienta, pero más adornada que la vez primera. El hijo del Rey no se apartó de su lado y no cesó de hablarle con gracia. Con gusto le oia la jóven, hasta tal punto que olvidó lo que su madrina le habia encargado y sonó la primera campanada de media noche, cuando creía que no eran las once. Levantóse y huyó con la ligereza de una corza, seguida del príncipe, pero sin que pudiera alcanzarla, y en su fuga perdió una de las chinelas de cristal, que el hijo del rey recogió. La Cenicienta llegó á su casa muy cansada, sin carroza, sin lacayos y con su feo vestido, pues de su magnificencia sólo le habia quedado una de las chinelas de cristal, la pareja de la que habia perdido. Preguntaron á los guardias de las puertas del palacio si habian visto salir á una princesa, y contestaron que sólo habian visto salir á una jóven muy mal vestida, cuyo

Digitized by Google

porte era más bien el de una campesina que el de una señorita.

Cuando las dos hermanas regresaron del baile preguntóles la Cenicienta si se habian divertido mucho y si la hermosa princesa habia asistido. Contestaron afirmativamente, añadiendo que al dar media noche habia huido con tanto apresuramiento que habia dejado caer una de sus chinelas de cristal, la más linda del mundo. Tambien contaron que el hijo del rey la habia recogido, y que hasta acabar el baile no habia hecho otra cosa que mirarla, lo que demostraba que estaba enamorado de la jóven á quien la diminuta chinela pertenecia.

Dijeron la verdad, pues pocos dias despues el hijo del rey mandó publicar á son de trompeta que se casaria con aquella á cuyo pié se amoldase exactamente la chinela. Se comenzó por probarla á las princesas, luego á las duquesas y despues á todas las señoritas de la córte. Lleváronla á casa de las dos hermanas, que hicieron grandes esfuerzos para que su pié entrase en la chinela, pero sin lograrlo. La Cenicienta que las estaba mirando, reconoció su chinela y les dijo riendo:

—Dejad que vea si mi pié entra en ella.

Sus hermanas soltaron la carcajada y de ella se burlaron. El gentil-hombre que probaba la chinela, miró con atencion á la Cenicienta, vió que era muy bella y dijo que su deseo era justo, pues tenia órden de probar la chinela á todas las jóvenes. Hizo sentar á la Cenicienta, y acercando la chinela á su diminuto pié notó que entraba en ella sin dificultad, quedando calzado como si se hubiese amoldado en cera.

Digitized by Google

Grande fué el asombro de ambas hermanas, y subió de punto cuando la Cenicienta sacó del bolsillo la otra diminuta chinela, que metió en el pie que no estaba calzado. En esto llegó la madrina, quien tocando con su varita los vestidos de la Cenicienta los convirtió en otros aún más preciosos que los que había llevado.

Entónces las dos hermanas reconocieron en ella á la bella jóven que habian visto en el baile y se arrojaron á sus pies para pedirle perdon por los malos tratos que la habian hecho sufrir. La Cenicienta las levantó y les dijo abrazándolas que con toda su alma las perdonaba, rogándolas que siempre la amasen. Vestida como estaba, lleváronla al palacio del jóven príncipe, quién la halló más hermosa que ántes y casó con ella á los pocos dias. La Cenicienta, tan buena como bella, mandó que sus dos hermanas se alojaran en palacio y el mismo dia las casó con dos grandes señores de la córte.

MORALEJA.

Para ganar voluntades,
para abrirse corazones,
más que trajes y tocados
sirve un alma pura y noble.

OTRA MORALEJA.

No olvideis que entre las dádivas
de las Hadas, la mejor
no es la belleza del rostro,
sino la del corazon.

Digitized by Google

ROQUETE DEL COPETE.

Cierta reina tuvo un hijo tan feo que durante mucho tiempo dudóse si habia algo de humano en su forma. Una Hada que estaba presente cuando nació, aseguró que sería amable porque tendría mucho talento, añadiendo que en virtud del don que acababa de hacerle podría dotar de cuanto ingenio quisiera á la persona á quien más amara.

Esto consoló un poco á la pobre reina, muy afligida por ser madre de un niño tan horroroso. En cuanto comenzó á hablar dijo cosas muy agradables,

Digitized by Google

y tanta era su gracia en todo que no habia quien no deseara oirle y verle. Olvidé consignar que nació con un mechoncito en la cabeza, á lo que se debió que se le conociera por Roquete del Copete, porque Roquete era el nombre de la familia.

Al cabo de siete ú ocho años, la reina de un país vecino tuvo dos hijas gemelas. La que nació primero era más hermosa que el lucero, y tanta fué la alegría de la reina que se temió enfermara de gozo. La misma Hada que habia asistido al nacimiento de Roquete del Copete asistió al de la princesa, y para moderar el júbilo á la madre le dijo que la princesa no tendría talento y sería tan estúpida como bella. Esto mortificó mucho á la reina, pero poco despues aumentó su pena porque la segunda hija que vino al mundo era por todo extremo fea.

—No os aflijais, le dijo la Hada, pues vuestra hija tendrá otras cualidades, ya que le falta la belleza; y tanto será su talento que nadie advertirá que no sea hermosa.

—Dios lo quiera, contestó la reina. Pero, decidme, ¿no habría medio de que tuviese algo de talento la mayor, que es tan bella?

—Nada puedo hacer por ella, por lo que al talento se refiere, contestó la Hada, pero todo me es posible respecto á la belleza; y como estoy dispuesta á todo por complaceros, la concedo el don de poder transformar en un sér hermoso á la persona á quien quiera hacer tal gracia.

A medida que las dos princesas crecieron, sus perfecciones aumentaban y sólo se hablaba de la

Digitized by Google

belleza de la mayor y del talento de la menor. Verdad es que sus defectos tomaron mayores proporciones con la edad, pues la una era cada vez más fea y más estúpida la otra. O dejaba sin respuesta las preguntas que se le hacían ó contestaba una necedad; y era tan torpe que no podía tocar un objeto sin romperlo ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad sobre sus vestidos.

Aunque la belleza sea una gran cualidad para una jóven, preciso es confesar que la otra llevaba en todo la ventaja á su hermana. Primero iban los cortesanos al lado de la más hermosa por verla y admirarla, pero luego se acercaban á la que tenía más ingenio para oirle decir mil cosas agradables; de suerte que á los quince minutos la mayor estaba completamente sola y todo el mundo rodeaba á la menor. La primera, aunque muy estúpida, no dejó de observar lo que pasaba, y sin sentimiento hubiera dado toda su belleza por tener la mitad del talento que su hermana. La reina, á pesar de ser muy prudente, reprendióla varias veces por sus necedades, reproches que mataban de pena á la pobre princesa.

Un dia que se retiró á un bosque para llorar su desgracia, vió dirigirse á dónde estaba á un hombre bajo de estatura, muy feo y de aspecto desagradable, pero con mucha magnificencia vestido. Era el jóven príncipe Roquete del Copete, que se habia enamorado de ella á la vista de los retratos de la princesa, que se encontraban en todas partes, y habia abandonado el reino de su padre para proporcionarse la dicha de verla y hablarla. Lleno de contento al ha-

Digitized by Google

llarla sola, se aproximó á ella con todo el respeto y finura imaginables. Habiendo observado, despues de haberla saludado, que estaba dominada por la melancolía, le dijo:

—No comprendo, señora, como es posible que una persona tan bella como vos pueda estar tan tris-

Digitized by Google

te como parece lo estais; pues si bien he visto muchas mujeres hermosas, su belleza ni siquiera logra compararse á la vuestra.

—Eso lo decís porque sí, contestó la princesa, sin añadir otra palabra.

—La belleza, continuó Roquete del Copete, es don tan precioso que debe suplir los demás; y no acierto á comprender que haya cosa que pueda afligir cuando se posee la hermosura.

—Preferiría, dijo la princesa, ser tan fea como vos y tener talento, á estar dotada de belleza y ser tan tonta como soy.

—La señal más segura de que se tiene talento es creer que de él se carece, pues con él sucede que cuanto más extraordinario es, mayor es la conviccion de que no lo tiene el que de él está dotado.

—Ignoro si es exacto lo que decís, replicó la princesa; pero lo que sé es que soy muy tonta, y esto explica la pena que me mata.

—Si sólo eso os apesadumbra, dijo Roquete del Copete, puedo poner término á vuestra pena.

—¿ De qué manera ? preguntó la princesa.

—Porque puedo conceder el don del talento á la persona que más ame ; y como vos sois, señora, esta persona, de vos depende el tener talento, á condicion de casaros conmigo.

La princesa quedóse en la mayor confusion sin saber que contestar.

—Observo, le dijo Roquete del Copete, que mi proposicion os disgusta, y como no me sorprende, os concedo un año completo para resolver.

Digitized by Google

Era tan tonta la princesa como grande su deseo de dejar de serlo, y temiendo que nunca llegase el término de aquel año que de plazo se le concedía, aceptó la proposicion que se le hacía. En cuanto hubo prometido á Roquete del Copete casarse con él al cabo de un año, dia por dia, sintióse completamente transformada y con increible facilidad para expresar sus ideas con delicadeza, naturalidad y finura. Comenzó por tener una conversacion muy sostenida con Roquete del Copete, que creyó haber concedido más talento del que para él se habia reservado.

Cuando estuvo de regreso en palacio, grande fué la sorpresa de la córte entera, que no sabía como explicarse un cambio tan repentino y extraordinario, pues si ántes decía necedades, ahora discurría con mucho seso y gracia extremada. La alegría fué grande, y el rey comenzó á guiarse por lo que le decía su hija, hasta tal punto que algunas veces el consejo se reunió en sus habitaciones. La noticia de la transformacion circuló con rapidez y todos los jóvenes príncipes de los reinos vecinos intentaron enamorarla y casi todos la pidieron en matrimonio, pero no halló uno que tuviere bastante talento; y si bien los escuchaba á todos, con ninguno se comprometía. Pero presentóse uno tan poderoso, tan rico, tan inteligente y tan humano, que no pudo dominar cierta inclinacion por él. Notólo su padre y le dijo que la dejaba libre la eleccion de esposo, y que no tenía más que hacer sino decir el nombre del preferido; pero como las personas de talento son las que más vacilantes se muestran en esta cuestion, despues de ha-

Digitized by Google

ber dado las gracias á su padre, pidióle tiempo para reflexionar.

Por casualidad fué cierto dia á pasear por el mismo bosque donde habia encontrado á Roquete el del Copete, y al dirigirse á aquel punto solitario tuvo el propósito de discurrir más á sus anchas respecto á lo que debia hacer. Miéntras estaba paseando completamente sumida en sus pensamientos, oyó debajo de sus piés un ruido sordo, como producido por varias personas que van, vienen y trabajan. Habiendo escuchado con más atencion oyó que decían:

—Trae esa marmita.

—Dáme aquella caldera.

—Pon leña en el fuego.

La tierra se abrió en aquel instante y vió á sus piés una especie de cocina muy grande poblada de cocineros, marmitones, pinches y toda la gente necesaria para preparar un magnífico festin. Apareció una banda compuesta de veinte ó treinta cocineros, y todos ellos, la mechera en la mano, fueron á un claro del bosque, se situaron alrededor de una larguísima mesa y comenzaron á trabajar á compás y al són de un canto armonioso.

Admirada de este espectáculo, preguntóles la princesa para quién trabajaban, y el que parecía ser jefe de los cocineros, le contestó:

—Trabajamos para el príncipe Roquete el del Copete, cuyas bodas se celebran mañana.

En aumento fué su sorpresa al oir la respuesta, pues recordó de pronto que hacía un año, dia por dia, que habia prometido casarse con el príncipe

Digitized by Google

Roquete el del Copete; y tal fué la impresion que le produjo la noticia, que poco faltó para que se quedara petrificada. El no acordarse de lo prometido se debia á que cuando hizo la promesa era una tonta, y al sentirse dotada del ingenio que el príncipe le habia concedido, habia olvidado todas sus necedades.

Apénas hubo dado treinta pasos continuando su paseo, cuando se le presentó Roquete el del Copete, bien compuesto y con magnificencia vestido, como conviene á un príncipe que vá á casarse.

—Cumplo mi palabra con exactitud, le dijo, y tengo la seguridad de que habeis venido aquí para cumplir la vuestra y hacerme el más dichoso de los hombres al concederme vuestra mano.

—Os contestaré con franqueza, murmuró ella, que áun no he tomado una resolucion sobre el particular y que me parece que nunca podré tomarla tal cual la deseais.

—Vuestras palabras me sorprenden, señora, le dijo Roquete el del Copete.

—No me extraña, repitió la princesa; y si la persona con quien estoy hablando fuera un hombre brusco, un necio, me hallaría en situacion muy embarazosa. Una princesa no puede faltar á su palabra, me diría, y debeis casaros conmigo puesto que me lo habeis prometido; pero como vos sois el hombre de más ingenio del mundo, tengo la seguridad de que me hareis justicia. Sabeis que cuando era una necia, á pesar de serlo no podía resolverme á ser vuestra esposa; ¿cómo es posible que teniendo el ingenio que me habeis dado, ingenio que ha hecho más de-

Digitized by Google

licado mi gusto por lo que á las personas se refiere, pueda hoy tomar una resolucion que entónces no logré adoptar? Si estais del todo resuelto á casaros conmigo, os diré que no debíais privarme de mi necedad ni darme ingenio para ver las cosas con exquisito criterio.

—Roquete contestó: si confesais que un hombre sin talento tendría el derecho de reprocharos vuestra falta de palabra, ¿cómo quereis que de él no use tratándose de la felicidad de mi vida entera? ¿Es razonable que las personas dotadas de ingenio sean de peor condicion que las necias? ¿Podeis sostener tal cosa, vos, dotada de tanto talento y que tanto habeis deseado tenerlo? Pasemos al hecho, si no los desagrada. Prescindiendo de mi fealdad, ¿hay algo en mí que os disguste? ¿Estais descontenta de mi cuna, de mi ingenio, de mi carácter ó de mis maneras?

—Nó, por cierto, dijo la princesa; en vos me gusta cuanto acabais de citar.

—Siendo así, seré dichoso, porque podeis transformarme en el más hermoso de los hombres.

—¿Cómo puedo hacerlo? preguntó la princesa.

—Será si me amais bastante para desear que sea. Para que no dudeis de lo que digo, sabed, señora, que la misma Hada que el dia de mi nacimiento me concedió el don de poder convertir en persona de talento á la que amara, tambien á vos os concedió el de poder dotar de hermosura al que ameis y querais conceder tal favor.

—Si es así, exclamó la princesa, deseo de todo mi corazon que os convirtais en el hombre más bello

Digitized by Google

y simpático. En todo lo que de mí dependa, os concedo el don.

Apénas hubo pronunciado estas palabras, cuando Roquete el del Copete transformóse en el príncipe más hermoso y simpático del mundo. Hay quien dice que no fueron los encantos de la Hada los que operaron la metamórfosis, y afirma que al amor se debió; añadiendo que habiendo reflexionado la princesa sobre la perseverancia de su novio, su discreccion y buenas cualidades de su alma, no vió la deformidad del cuerpo ni la fealdad del rostro; que su giba parecióle efecto natural de la actitud que imprime al cuerpo el hombre que se dá importancia, y que en su cojera sólo notó un encantador dejo en el andar. Dicen tambien que á pesar de ser bizco convencióse de que sus ojos eran hermosos, y que su defectuoso mirar parecióle efecto de la fuerza con que expresaba su amor; y, por último, que en su nariz gruesa y roja vió algo marcial y heróico.

Sea lo que fuere, la princesa le prometió allí mismo casarse con él mientras obtuviera el consentimiento del rey su padre, que al saber que su hija queria mucho á Roquete el del Copete, de quien habia oido hablar como de un príncipe de extraordinario talento y prudencia, accedió con mucha alegría á la peticion que hizo. Al dia siguiente celebróse la boda, como habia previsto Roquete el del Copete; y con arreglo á las órdenes que habia dado con mucha anticipacion se verificaron los festejos.

Digitized by Google

MORALEJA.

Puedes decir con certeza
que lo amado es siempre bello,
pues del amor el destello
á todo infunde belleza;
añade que la hermosura
vale mucho, mas no tanto
como el ingenio; el encanto
más precioso y que más dura.

Digitized by Google

MEÑIQUIN.

Éranse un leñador y una leñadora que tenian siete hijos, todos varones; diez años contaba el mayor y el menor siete. Sorprenderá que en tan corto intervalo tantos hijos hubiera tenido el leñador, pero con decir que casi todos eran gemelos, nada hay que extrañar.

Muy pobre era el matrimonio y sus siete hijos aumentaban su pobreza, pues ninguno de ellos se hallaba en edad de ganarse la subsistencia. El ser el más pequeño de complexion muy delicada, sin que jamás pronunciase una palabra, daba pábulo á su

Digitized by Google

tristeza, pues creian que era tontería lo que significaba bondad. Era muy pequeñito, y cuando nació era tan diminuto como el dedo meñique, lo que hizo que Meñiquin se le llamara.

El pobre niño llevaba la carga en la casa paterna y de todo se le daba la culpa, lo que no era obstáculo para que entre sus hermanos fuese el más listo; y si hablaba poco, en cambio oia y escuchaba mucho.

En esto vino un año muy duro, y tan grande fué el hambre, que el pobre matrimonio resolvió deshacerse de sus hijos. Una noche que los niños estaban acostados y sentado el leñador cerca de su mujer al amor de la lumbre, le dijo con el corazon oprimido por el dolor:

—¡Ya lo vés! No nos es posible mantener á nuestros hijos; y como no puedo resolverme á verles morir de hambre aquí, estoy resuelto á llevarles mañana al bosque para que se extravien, proyecto que podremos realizar fácilmente, pues mientras estarán ocupados en hacinar leña, lograremos escapar sin que de momento noten nuestra ausencia.

—¡Dios mio! exclamó la leñadora, ¿serias capáz de hacer tal cosa con tus hijos?

En vano su esposo la hizo presente su extremada miseria, pues de pronto no hubo medio de convencerla, porque si bien era pobre, era madre. Mas habiendo reflexionado cuan horrible seria su dolor si les viese morir de hambre, consintió en lo que su marido le proponia y llorando fué á acostarse.

Meñiquin se enteró de cuanto sus padres dijeron, pues en cuanto desde la cama les oyó hablar de co-

Digitized by Google

sas importantes, levantóse y se deslizó debajo del taburete donde estaban sentados para escucharles sin ser visto. Volvió á meterse en cama, pero no pudo dormir en toda la noche pensando en lo que debia hacer. Levantóse muy de mañana, fue á orillas de un arroyo, llenóse los bolsillos de piedrecitas blancas y luego volvió á su casa. Poco despues salieron todos, pero Meñiquin nada dijo á sus hermanos de lo que sabía.

Fueron á un bosque tan espeso que nada se veía á diez pasos de distancia. El leñador se puso á cortar madera y sus hijos á recoger ramaje seco para hacer manojos. Cuando sus padres les vieron ocupados trabajando, se alejaron de ellos insensiblemente y luego echaron á correr, escapando por un sendero medio oculto.

Al notar los niños que estaban solos, comenzaron á gritar y á sollozar con todas sus fuerzas. Meñiquin les dejaba gritar porque sabía como regresarian á su casa, pues al ir al bosque habia dejado caer durante todo el camino las piedrecitas blancas que tenia en el bolsillo.

—Nada temais, hermanos mios, les dijo. Nuestros padres nos han dejado aquí, pero yo os llevaré á casa si quereis seguirme.

Echaron á andar tras él y les llevó delante de su casa siguiendo el mismo camino que habian recorrido para ir al bosque. Al principio no se atrevieron á entrar, pero todos pegaron sus cabecitas á la puerta para oir lo que decian sus padres.

Al llegar el leñador y la leñadora á su casa, el señor de la aldea les envió diez escudos que les debía

Digitized by Google

de mucho tiempo y con los cuales ya no contaban. La cantidad devolvióles la vida, pues los infelices se morian de hambre. El leñador despachó inmediatamente á su mujer á la carneceria, y como hacía dias no habian comido, compró tres veces más carne de la necesaria para la cena de dos personas. En cuanto estuvierón ahitos, la leñadora dijo:

—¡Dios mio! ¿dónde estarán nuestros hijos? ¡Con qué apetito comerían lo que ha sobrado! Tú eres quien ha querido perderlos, Guillermo, á pesar de decirte que nos arrepentiríamos. ¡Vírgen Santa! ¡tal vez los lobos los hayan comido! ¡Cuán cruel has sido al querer deshacerte de tus hijos!

El leñador acabó por enfadarse, pues su mujer repitió más de veinte veces que ya habia pronosticado que se arrepentirían de lo hecho, y la amenazó con pegarla si no callaba. Era tan grande el sentimiento del leñador como el de su esposa, pero su pena aumentaba con las recriminaciones. Además, gustaba, como tantos otros, de las mujeres que dan un buen consejo á tiempo, pero no de aquellas que pretenden haberlo dado cuando la cosa ya no tiene remedio.

La leñadora estaba anegada en llanto y repetía:

—¡Dios mio! ¿dónde están mis pobres hijos?

Una vez pronunció con tanta fuerza estas palabras, que las oyeron los niños que estaban arrimaditos á la puerta, y comenzaron á gritar todos á un tiempo:

—¡Estamos aquí! ¡estamos aquí!

La madre corrió á abrir y les dijo al abrazarles:

—¡Hijos mios; con cuánta alegría vuelvo á veros! Estais muy cansados y teneis hambre.

Digitized by Google

¡Cómo estás puesto de barro, Periquito! Voy á quitártelo.

Periquito era el mayor y el más querido, porque como ella tenia el color algo rojizo.

Pusiéronse á la mesa, y con tanto apetito comieron que gozosos les estuvieron mirando sus padres, mientras los niños, hablando casi siempre todos á la vez, les referían el miedo atroz que habian pasado en el bosque. Los pobres leñadores estaban locos de alegría al verles á su lado, alegría que duró tanto como los diez escudos; pero cuando acabó el dinero, acabó el gozo; volvió á apoderarse de ellos la tristeza de ántes y resolvieron deshacerse de sus hijos, si bien con el propósito de llevarles más léjos que la vez primera para acertar el golpe.

No lograron hablar de su plan con tanto sigilo que no les oyera Meñiquin, quien resolvió tomar sus medidas como ántes las habia tomado; pero á pesar de haber madrugado mucho para ir á recoger piedrecitas blancas, no pudo realizar su idea porque la puerta estaba cerrada con doble vuelta de llave. Preocupado estaba sin saber que hacerse; pero habiéndoles dado su padre un pedazo de pan á cada uno para desayunarse, se dijo que podía reemplazar las piedrecitas tirando migas por donde pasasen; y pensado esto, guardóse el pan en el bolsillo.

Sus padres les llevaron al punto más espeso y oscuro del bosque; y al tenerles allí, los leñadores se escaparon por un caminito muy oculto. No fué grande la pena de Meñiquin, porque creía poder encontrar con facilidad el camino siguiendo las migas que habia sembrado por donde habia pasado; pero

Digitized by Google

desagradable fué su sorpresa cuando no pudo dar ni siquiera con restos del pan, pues los pájaros se lo habian comido.

Héte á los niños llenos de afliccion, pues cuánto más andaban, más se extraviaban por el interior del bosque. Llegó la noche y sopló un ventarron que les llenó de miedo, porque creían que sus rugidos eran los de los lobos que se encaminaban hácia donde estaban para devorarles. Tanto era su espanto que ni se atrevían á hablar ni á volver la cabeza. Para colmo de males cayó un chaparron que les caló hasta los huesos. A cada paso resbalaban y se metían en el fango, de donde se levantaban muy sucios y sin saber que hacerse de sus manos.

Meñiquin encaramóse á lo alto de un árbol, deseoso de examinar los alrededores; y habiendo mirado á todas partes, vió muy léjos, más allá del bosque, una lucecita semejante á la de una vela. Bajó del árbol, y al llegar al suelo nada vió, lo que le llenó de pena. Siguieron andando á pesar de todo, procurando Meñiquin orientarse y guiar á sus hermanos hácia el punto donde habia visto la luz; y al cabo de algun tiempo salieron del bosque y volvió á verla.

Llegaron, por último, á la casa donde brillaba la lucecita, no sin haber pasado mucho miedo, pues la perdían de vista cada vez que se metian en algun fondo. Llamaron y una buena mujer les abrió la puerta preguntándoles que querían. Meñiquin contestóla que eran unos pobrecitos niños que se habian extraviado en el bosque y la rogaban les acogiese por caridad. Al verles tan lindos, la mujer se puso á llorar y les dijo:

Digitized by Google

—¡Ah; pobres niños! ¿Dónde habeis venido? ¿Sabeis que esta es la casa de un Ogro que se come á los niños?

Al oir estas palabras, Meñiquin, que lo mismo que sus hermanos se puso á temblar como hoja de árbol, exclamó:

—¡Dios mio! ¿qué vamos á hacer? Si no quereis darnos acogida en vuestra casa, es seguro que los lobos del bosque nos comerán; y como no escaparía-mos de sus dientes, preferimos que nos coma el Ogro, quien tal vez se compadezca de nosotros si vos se lo rogais.

La mujer del Ogro creyó que podría ocultarles á su esposo hasta la mañana siguiente, y les permitió entrar, llevándoles para que se calentaran á una buena lumbre en la que se estaba asando un carnero para la cena del Ogro.

Cuando principiaban á calentarse resonaron tres ó cuatro golpes dados con fuerza en la puerta. Era el Ogro que volvía. Inmediatamente su mujer hizo ocultar á los niños debajo de la cama y fué á abrir la puerta. Lo primero que preguntó el Ogro fué si la cena estaba dispuesta y si habia vino, y luégo se sentó á la mesa. El carnero estaba á medio asar, pero esta circunstancia lo hizo más apetitoso para el Ogro. Olía á derecha é izquierda y decía que por allí habia carne fresca.

—Hueles esa ternera que he preparado, le dijo su mujer.

—Huelo carne fresca, huelo carne fresca, repitió el Ogro mirando de través á su esposa; y hay en casa algo que no veo.

Digitized by Google

Al decir estas palabras se levantó de la mesa y fuése hácia la cama.

—¡ Ah ! exclamó; ¡ querias engañarme, mujer maldita ! No sé porque no te como á tí tambien, pero te salva el estar tan dura. Tengo en estos niños carne fresca para obsequiar á tres ogros amigos mios, que deben venir á verme uno de esos dias.

Les sacó de debajo de la cama uno tras otro, y las pobres criaturas se arrodillaron pidiéndole perdon; pero tenian que habérselas con el más cruel de los ogros, quién léjos de sentir piedad por ellos, ya les estaba devorando con los ojos y decia á su mujer que constituirian un plato exquisito cuando les hubiese aderezado con una buena salsa.

Fuése en busca de un gran cuchillo y se acercó otra vez á los niños, afilándolo en una larga piedra que sostenia con la mano izquierda. Tenia ya asido á un niño cuando su mujer le dijo.

—¿ Qué quieres hacer á esta hora ? ¿No quedará tiempo mañana ?

—Cállate, gritó el Ogro; si espero á mañana, peor para ellos, pues pasarán una noche de miedo.

—Te se echaría á perder tanta carne, replicó la mujer, pues tienes una ternera, dos carneros y la mitad de un cerdo.

—Es verdad, dijo el Ogro. Dáles cena abundante para que no enflaquezcan y llévales á la cama.

Llena de alegría dióles de cenar la buena mujer, pero el espanto no permitió á los niños probar bocado. El Ogro se puso de nuevo á beber; y muy satisfecho porque tenia carne fresca con que obsequiar á sus amigos, apuró una docena de vasos más que

Digitized by Google

de costumbre, esceso que le puso algo alegre obligándole á acostarse.

El Ogro tenia siete hijas de corta edad. Las ogras tenian el color muy sano porque sólo comian carne fresca, como su padre, pero sus ojos eran grises y

Digitized by Google

redondos, la nariz encorvada, la boca grande y los dientes muy agudos y separados. Áun no eran muy malas, pero prometian serlo, porque ya mordian á los niños para chupar su sangre.

Las habian acostado temprano y las siete dormian en una cama muy ancha, teniendo cada niña una corona de oro en la cabeza. Habia en el mismo cuarto otra cama tan grande como la primera, y en ella acostó la mujer del Ogro á los niños, hecho lo cual fuése á dormir.

Meñiquin habia observado que las hijas del Ogro llevaban coronas de oro, y temiendo que el padre no se arrepintiese de no haberles degollado cuando se proponia hacerlo, se levantó á eso de media noche, y tomando los gorros de dormir de sus hermanos y el suyo, acercóse de puntillas á la otra cama, les puso con sumo cuidado los gorros á las siete hijas del Ogro, despues de haberlas quitado las coronas de oro, que colocó en la cabeza de sus hermanos y en la suya para que el Ogro les tomara por sus hijas, y á éstas por los niños á quienes queria degollar. El resultado fué tal como habia pensado, pues el Ogro despertó á eso de media noche, pesóle haber aplazado para el dia siguiente lo que pudo hacer la víspera; saltó bruscamente de la cama, y empuñando la cuchilla se dijo:

—Vamos á ver como están aquellos chiquillos y démos buena cuenta de ellos.

Subió á tientas al dormitorio de sus hijas y se acercó á la cama donde estaban los niños, que dormian todos, escepcion hecha de Meñiquin; y por cierto que grande fué su miedo cuando el Ogro le

Digitized by Google

tocó la cabeza despues de haber hecho lo mismo con sus hermanos. El Ogro, al tocar las coronas de oro, se dijo :

—Iba á hacer un disparate. Me convenzo de que ayer bebí demasiado.

Fuése en seguida á la otra cama, y habiendo tocado los gorros de dormir de los niños, murmuró :

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Aquí están los chiquillos. Vamos á la obra.

Al decir estas palabras degolló sin vacilar á sus siete hijas, y muy satisfecho volvió luego á acostarse.

—En cuanto Meñiquin oyó los ronquidos del Ogro, dispertó á sus hermanos y les dijo que se vistieran sin perder momento y le siguieran. Bajaron sin meter ruido al jardin y saltaron la tapia, corriendo toda la noche, siempre temblando y sin saber á donde iban.

Habieńdo despertado el Ogro, dijo á su mujer:

—Ve á arreglar á los chiquillos de ayer noche.

Mucho sorprendió á la Ogra la bondad de su marido, no sospechando de que manera queria que arreglase á los niños. Creyó de buena fé que se trataba de vestirles y fuese al cuarto, donde vió á sus siete hijas degolladas y nadando en un mar de sangre. Ante tal espectáculo cayó sin sentido, y en vista de su tardanza subió el Ogro para enterarse de lo que ocurria. Su asombro no fué menor que el de la esposa al encontrarse delante de espectáculo tán horroroso.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? rugía.—¡Me la pagarán! ¡Me la pagarán aquellos malditos!

Digitized by Google

Roció con agua la cara de su mujer, que recobró el sentido, y le dijo:

—Dáme mis botas de siete leguas para que pueda atraparles.

Salió de la casa, y despues de haber corrido mucho y en todas direcciones en busca de los niños, por último tomó por un camino que era el que seguian los hijos del leñador, que sólo distaban unos cien pasos de la casa de sus padres. Vieron al Ogro que pasaba de una montaña á otra montaña y atravesaba los rios con tanta facilidad como si hubieran sido arroyos. Meñiquin notó que cerca habia una roca cóncava; ocultó en ella á sus hermanos y luego metióse él tambien dentro, pero siempre fija la mirada en el Ogro para observar todos sus movimientos. El Ogro estaba muy cansado á causa del mucho camino que habia andado inútilmente, pues hay que saber que las botas de siete leguas fatigan de una manera extraordinaria á los que las llevan, y quiso reposar, sentándose por casualidad en la misma roca donde estaban escondidos los siete niños.

Su fatiga era extrema y durmióse al poco rato, roncando con tanto estrépito que el miedo de las pobres criaturas fué tan grande como cuando empuñaba la espantosa cuchilla para matarles. Meñiquin no tuvo tanto miedo y dijo á sus hermanos que huyesen con presteza, refugiándose en su casa mientras el Ogro dormía á pierna suelta.

Siguieron su consejo y muy pronto estuvieron al lado de sus padres.

Meñiquin se acercó al Ogro, quitóle con suavidad las botas y se las puso. Las botas eran muy grandes

Digitized by Google

y anchas, pero como estaban encantadas, tenían el don de ensancharse ó estrecharse segun era quien las llevaba, de manera que quedaron tan ajustadas á sus piernas y á sus piés como si para él se hubiesen hecho. Cuando tuvo las botas puestas fuése á la córte donde sabía que era grande la inquietud porque no se tenían noticias de un ejército que estaba á doscientas leguas, ni de la batalla que se habia dado. Fuése en busca del rey y le dijo que si quería le traería nuevas del ejército ántes de terminar el dia. El rey le prometió una fuerte cantidad de dinero si hacía lo que prometía. Meñiquin cumplió, pues aquella misma noche volvió á la córte y el rey supo cuanto quiso saber de su ejército. Habiendo desempeñado de una manera tan admirable su oficio de correo, ganó todo el dinero que quiso, pues el rey le pagó con esplendidez para que llevase sus órdenes al ejército; y todos los de la córte que desearon tener noticias de personas ausentes, de él se sirvieron, recompensándole con largueza.

Despues de haber servido durante algun tiempo de correo y de haber reunido mucho dinero, volvió á casa de sus padres, cuya alegría al verle no puede referirse. Meñiquin cuidó de que toda la familia viviese con holgura, procurando buenas colocaciones á su padre y á sus hermanos, de modo que la miseria desapareció por completo de aquella casa y en ella reinó la dicha, gracias á aquel niño que ántes era el más desdeñado.

Digitized by Google

MORALEJA.

La miseria no os abata
ni os amilanen las penas,
que los dias buenos vienen
tras los dias de tristeza.
Para dejar de este cuento
completa la moraleja,
os diré que Meñiquin
objeto fué de la befa
de todos, porque callado
y muy raquítico era;
y con serlo, á su familia
libró de extrema miseria
salvando á sus hermanitos
del Ogro, de aquella fiera.
De nadie os mofeis, de nadie,
que muchas veces alienta
dentro un raquítico cuerpo
una alma grande y bella.

Digitized by Google

Muchos son los cuentos que corren escudados con el nombre de Perrault sin que este autor los haya escrito, y hasta las mejores ediciones francesas contienen algunos que no son debidos á la pluma que produjo *La Cenicienta*, como ha demostrado la crítica y patentiza su lectura y comparacion con los originales de aquel célebre escritor. Los editores sólo han querido comprender en esta edicion los cuentos que escribió Perrault, rechazando todos los apócrifos.

Para completar el volúmen publicamos el cuento La Dicha, original del traductor de los de Perrault, que es á la vez autor de los bellísimos CUENTOS DEL HOGAR.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA DICHA.

(CUENTO ORIGINAL DE D. TEODORO BARÓ.)

Érase un matrimonio muy pobre, tanto, que el marido, con su rudo trabajo de herrero, difícilmente

Digitized by Google

podia proporcionarse lo necesario para la subsistencia; y si le pesaba la pobreza, era más por lo que sufria su esposa, que á veces se veia privada de lo preciso, que por lo que él padecia. Cuando el hambre apretaba y no tenia pan, cogia el martillo y se ponia á trabajar golpeando con fuerza el yunque, como si metiendo ruido se propusiera espantar su estómago é imponerle silencio.

Aquel año la cosecha habia sido escasa, habia nevado mucho y los caminos se pusieron intransitables, de modo que los carreteros se estaban mano sobre mano, las caballerías enflaquecian en las cuadras y el herrero no tenia ruedas que componer ni mulos que herrar. Era un año verdaderamente desgraciado para todos, y más para él.

En esto su mujer dió á luz un niño y grande fué la alegría del herrero, porque aquel era el primer hijo que Dios les concedia; pero su contento duró poco, porque lo amargó el recuerdo de su mísera situacion; y siguiendo su costumbre de golpear el yunque para ahogar las penas, dejó á su mujer procurando ocultarla sus tristes pensamientos; bajó á la tienda, y sacando de entre las brasas un hierro que ya habia tomado el color rojo blanco, la emprendió con él á martillazos, con tanta fuerza, que los vecinos al oir el estrépito se dijeron:

—El herrero debe estar muy hambriento.

No se equivocaban, porque los pocos cuartos que le quedaban los habia empleado en comprar una gallina para que su mujer no se viese privada de buen caldo; y á fin de que este durara más, él se habia contentado con comer un mendrugo, del cual

Digitized by Google

sólo pudo dar cuenta teniéndolo dos horas en agua para que se ablandara, y áun con esto parece que no quedó vencida del todo su dureza.

El hierro se iba adelgazando, el martillo continuaba cayendo sin que tuviera descanso la mano y las chispas metálicas saltaban formando chorros como si salieran de un cohete; y sea efecto de la debilidad ó lo que fuere, vió el herrero que, en vez de caer en el suelo y apagarse, se sostenian en el aire y brillaban con mayor intensidad, despidiendo tales destellos que parecian diamantes. Tan grande fué su asombro que le cayó el martillo de la mano; pero el hierro siguió despidiendo chispas, que acabaron por juntarse y formar el perfil de la más peregrina mujer que ojos mortales hayan visto.

Restregóse el buen hombre los suyos, y cuando volvió á abrirlos convencióse de que realmente tenia delante una mujer, de ojos azules, cabellos rubios y manos tan finas que parecian de seda, vistiendo un traje blanco bordado de oro y plata. Lo más asombroso era que se sostenia sin apoyar sus diminutos piés en el suelo.

La aparicion sonrió y extendió el brazo al herrero, que tuvo necesidad de apoyo para no caerse; y con tan mala fortuna lo buscó, que se apoyó en el yunque, quemándose la mano; con lo cual comenzó á chillar y á dar saltos y vueltas como una peonza.

—Extiende el brazo, le dijo la mujer.

Obedeció el buen hombre; ella le tocó con la punta de los dedos la parte dañada y en el acto desapareció el dolor.

—¿Eres una Hada? preguntó el herrero. Debes

Digitized by Google

serlo, porque sólo las hadas tienen poder para hacer lo que tú has hecho.

—Hada soy y el vecino bosque es mi morada. Sólo puedo salir una vez cada cien años y dispensar mis favores á una familia, volviendo luego al bosque á esperar otros cien años. ¿Qué quieres?

—Concédeme un don que me libre de la miseria.

—Dos voy á concederte.

El herrero se quedó con la boca abierta, y sin pestañear aguardó que la Hada continuara. Esta le dijo :

—El primer don que te concedo es el de morderte la lengua cada vez que hables en perjuicio tuyo y de tu familia.

—¡Hada! exclamó el pobre hombre ; no te burles de un infeliz como yo.

—No somos las hadas aficionadas á bromas, contestó la aparicion con tanta severidad que el herrero se puso á temblar.

—Perdona si te he ofendido, murmuró, pues no ha sido tal mi intencion; pero... pero...

No se atrevió á añadir que de él se mofaba, mas la Hada adivinó lo que pensaba y continuó:

—Oye y sabrás cuál es el segundo don que te concedo.

El herrero escuchó con avidez, esperando que la segunda gracia no seria una burla como la primera; pero grande fué su abatimiento cuando la Hada le dijo :

—Cada vez que bebas sin necesidad, te dará un dolor de estómago tan fuerte, que no habrá para tí alivio durante una hora.

Digitized by Google

—¡ Oh, Hada! exclamó el herrero; ¿ son estos los dones con que pretendes aliviar mi miseria? Renuncio á ellos y te ruego no aumentes mi desdicha con otras mayores.

—Una vez concedido el don, no puedo retirarlo ni tú renunciar á él.

—Cuando se trata de dones, bien está; pero lo que tú me concedes es un mal doble.

—Calla, ordenó la Hada con acento imperioso.

Inclinó el pobre hombre la cabeza, pero al poco rato volvió á levantarla, aunque con mucho miedo, y murmuró:

—Hada: ya que á mí me tratas tan mal, trata mejor á mi hijo.

—Te equivocas si piensas que mal te he tratado. ¿Qué quieres para tu hijo?

—Que sea dichoso, contestó sin vacilar el herrero.

—¿En qué consiste la dicha?

El pobre hombre se rascó la cabeza, y despues de reflexionar un momento, dijo:

—En que tenga cuanto desee.

—¿Crees que tu hijo será dichoso con esto?

—Más que yo con el dolor de estómago y mordiéndome la lengua. ¿Qué más puede ambicionar un hombre que ver realizados todos sus deseos?

—Pues concedo á tu hijo el don que para él me pides.

El herrero quiso dar las gracias á la Hada, pero esta habia ya desaparecido, si bien no sin dejar indudable testimonio de su presencia en aquella pobre casa, porque como con su vestido habia tocado el yunque al extender el brazo para curar la quemadu-

Digitized by Google

ra, la parte que tocó se convertió en oro; transformacion que fué notada en seguida y estuvo á punto de enloquecer á nuestro hombre, quien por convencerse de que realmente era aquello metal precioso, limó hasta volver á encontrar el hierro.

Saltando y cantando fué á dar cuenta á su mujer de lo que ocurria, con escasa prudencia, pues como estaba muy delicada, por poco la alegría la mata. El herrero fuese á la ciudad vecina á vender las limaduras, regresando con un bolsillo lleno de brillantes monedas de oro, con las cuales compró una casita que tenia detrás una huerta, en la que sembró coles y patatas y nabos, mandando construir un gallinero que pobló de gallinas que le daban abundantes huevos.

Ocupado el herrero en instalarse en su nueva morada, trabajó con ardor; pero una vez todo estuvo terminado, fuese á la taberna á echar un trago; y en cuanto hubo bebido dióle tal retortijon que comenzó á lanzar gemidos y á doblar el cuerpo; y á pesar de los auxilios que le prestaron, no hubo medio de aliviarle hasta que pasó una hora. Recordó el don de la Hada y se fué á su casa cabizbajo, poniéndose á trabajar en seguida. Al poco rato pasó un leñador que volvia del bosque, y el herrero le llamó para charlar con él; pero á las primeras palabras mordióse la lengua, y con esto la conversacion tuvo fin. Escarmentóle lo ocurrido, y en vez de pasar muchas horas en la taberna charlando y bebiendo como tenia por costumbre, no se movió de su casa, con lo cual fué muy puntual en los trabajos que le encargaron; y así como ántes nadie se ser-

Digitized by Google

via de él por que cumplia tarde y mal, ahora todo el mundo le encargaba faena, por que le abonaba el cambio que en él se había operado. Y con esto la miseria se convirtió en bienestar y comprendió el herrero que la Hada no se habia burlado de él al concederle los dos dones que tanto le habian extrañado y que con tanto disgusto habia recibido.

Pasaron los años, y como todo tiene término en este mundo, tambien llegó al suyo la existencia del herrero y de su mujer, quienes ántes de morir revelaron á su hijo el don que la Hada le habia concedido.

Al hallarse el jóven dueño de sus acciones y sabedor de que sus deseos serian satisfechos, comenzó á discurrir qué pediria; y como no era mal parecido, si bien de estatura mediana, dijo que quería ser más alto que el que más lo fuese en el pueblo; y al instante creció tanto que no habia en la comarca otro que tuviese su estatura. Grande fué su alegría y estuvo todo el dia paseando por oir como la gente decia de él que era buen mozo; pero al llegar la hora de comer se encontró con que la mesa era muy baja para él, así como las sillas, de modo que estuvo muy incómodo; y al meterse en la cama le salieron las piernas, porque las sábanas y la manta no alcanzaban á abrigárselas; resultando de esto que no pudo dormir en toda la noche porque los piés se le helaban; y luego al levantarse comenzó á chocar contra el techo al pasar por ciertas habitaciones de la casa, de modo que no le quedó más recurso que andar agachado. Acabó por aburrirse y dijo en un momento de mal humor:

Digitized by Google

—Deseo que mi estatura quede reducida á un tercio.

En el acto se vió realizada su peticion; pero entónces la mesa fué demasiado alta y tambien la silla, tanto que la criada tuvo que sentarle en ella y ponerle un almohadon. La cuchara era grande para su boca y hubo necesidad de retirar el vaso y darle una jícara para que bebiese. Al querer meterse en cama tuvo que dar muchos saltos porque no lograba subir. Al dia siguiente no se atrevió á bajar, por que, dada su estatura, la altura era considerable, y se vió obligado á pedir auxilio. Cuando quiso lavarse no llegó á la palangana, y exclamó pegando una patada en el suelo:

—Quiero volver á mi estatura de ántes.

Tambien se vió satisfecho el deseo y quedó como estaba cuando no se le habia ocurrido ser más alto ni más bajo.

Pasaron unos dias y se dijo que seria dichoso si tuviera un palacio y muchos servidores que ante él se inclinaran y se anticiparan á todos sus deseos; y apénas hubo formulado este, cuando se encontró en un grande edificio de mármol, con alfombras y espejos y camas doradas, poblado de lacayos con libreas galoneadas de plata, quienes le seguian á todas partes para servirle, inclinándose siempre delante de él y anticipándose á sus deseos conforme habia pedido; de manera que el jóven se cansó de ver espinazos doblados; y como ántes que sintiese ganas de comer ya estaba puesta la mesa, y ántes que el sueño le venciese ya le estaban desnudando los ayudas de cámara, y así en todo; acabó por no sentir

Digitized by Google

ningun deseo, porque cuando aún no habia deseado una cosa ya la tenia. Esto le fastidió y un dia dijo:

—¡Basta ya de palacios y de criados! Deseo tener hambre por darme el gusto de desear la comida.

Desaparecieron en el acto los criados y lacayos y con ellos el palacio, y el jóven econtróse en un bosque y sintió los efectos del apetito. Vió á lo léjos un pastor que guardaba un rebaño, y más léjos aún una casa, á la que se dirigió llegando muy cansado, pero ántes se detuvo á hablar con el pastor que en aquel momento estaba comiendo un pedazo de pan, y el hijo del herrero exclamó:

—¡Con que gusto comes!

—No es de extrañar, pues el trabajo me ha abierto el apetito.

Entró en la casa y le dieron de comer unas sopas de ajo, que encontró más ricas y sabrosas que los pavos que hasta entónces habia comido; y como las ponderase, le dijo el campesino:

—No me admiro que las sopas te parezcan excelentes, porque no hay mejor salsa que el apetito.

Despues de haber dado las gracias por la acogida, salió de la casa y anduvo largo trecho recordando lo que el pastor y el campesino le habian dicho; pero como estuviera muy cansado, lo olvidó pronto y murmuró:

—¡Cúan pesado es andar á pié! Deseo ir siempre en coche.

Apénas hubo dicho estas palabras, cuando el casco de una botella que habian tirado en el bosque se

Digitized by Google

convirtió en un carruaje, al que se pegaron dos piedras que se transformaron en ruedas; de debajo de una mata saltaron dos lagartijas cuyas colas se convirtieron la una en la lanza del coche, la otra en un látigo de mango dorado y las lagartijas en dos soberbios caballos tordos. Sin saber de dónde habia salido, apareció un cochero que subió al pescante, cogió las riendas y esperó que el jóven se hubiese metido en el carruaje para arrear los caballos.

Desde aquel dia no salió de casa sino en coche, con lo cual engordó tanto que una vez se rompió la silla en que se sentaba no pudiendo sostener su peso, y cayó, quedando tan lastimado del batacazo que tuvo que meterse en cama y llamar al médico. Tanto le fastidió su enfermedad, debida á su gordura, que al recobrar la salud dijo:

—Deseo adelgazar hasta quedarme con la piel y los huesos.

Este deseo, como los demás, vióse cumplido en el acto; y como estaba muy gordo, la piel sobrante le quedó colgando, de manera que parecia llevaba las manos metidas dentro de unos guantes muy grandes. En aquel entónces comenzó á soplar un viento muy fuerte, y como no ofreciese resistencia, le levantó como una pluma y comenzó á volar por el aire con grande asombro de todos los del pueblo, que abandonaron sus trabajos y salieron á la calle para presenciar aquel fenómeno y ver como daba vueltas por el espacio. A pesar de su apurada situacion observó la curiosidad de que era objeto, y como le molestara, dijo:

Digitized by Google

—¡Quisiera estar cerca del sol para que esa gente no me viera!

Apénas hubo formulado este deseo cuando se sintió empujado por una fuerza tan extraordinaria que no tiene nombre, y al poco rato quedó envuelto en una atmósfera de fuego. Entónces comenzó á gritar:

—¡Que me quemo! ¡Que me quemo! Deseo estar en el polo para librarme de este calor que me abrasa.

Cesó de subir y bajó con rapidez, tanta que á los dos minutos cayó cerca del polo. Las piernas se le helaron y vió con espanto que las focas y los osos blancos que pueblan aquellas regiones se acercaron á él, las primeras arrastrándose sobre el hielo y los segundos abriendo la boca y enseñándole unos dientes muy afilados. Temblando de miedo y de frio, exclamó:

—Quisiera estar en la parte opuesta del mundo.

El hielo se abrió y fué bajando, bajando, recorriendo así el eje de la tierra hasta encontrarse en el polo austral, que está en la parte opuesta del boreal; y allí tambien vió osos blancos y focas, enseñándole sus dientes los primeros y aumentando su espanto las segundas con sus gritos.

Convertidos sus dientes en castañuelas comenzó á repiquetear sin que para nada entrara la voluntad en ello; y como un oso se le hubiese acercado tanto que ya abria los brazos para estrujarle, rompió á llorar y exclamó:

—¡La realizacion de todos mis deseos me lleva á ser devorado por un oso!

En aquel momento las garras de la fiera se clavaron en su ropa y el hijo del herrero sollozó.

Digitized by Google

—¡Quisiera estar léjos, muy léjos!

Dicho esto se halló en el aire y vió como el oso le estaba mirando y enseñándole las fauces. El pobre no se atrevió á formular ningun deseo, pues le horrorizaban los peligros á que habia estado expuesto, y continuó dando vueltas por el aire empujado por el viento que le arrastraba con mucha facilidad. Se ignora cuanto tiempo estuvo volando, pero sí se sabe que recordó que su padre le habia dicho que la Hada que le habia concedido el don de ver realizados todos sus deseos vivía en un bosque del cual sólo podia salir cada cien años, y quiso hallarse en el bosque y á él lo llevó el viento.

Los árboles eran muy altos y tan espesos que las ramas se entrelazaban y formaban una bóveda que apénas lograban atravesar los rayos del sol. Habia muchos pájaros, á juzgar por sus cantos, pero no se veía ninguno.

El jóven exclamó:

—¡Hada! Te suplico no me abandones y me oigas.

Una voz melodiosa, tanto que el hijo del herrero no habia oido ninguna otra que á ella se asemejara, le dijo:

—Aquí estoy.

Volvió el jóven vivamente la cabeza pero no vió á la Hada. Creyendo haberse engañado, preguntó:

—¿Me has hablado?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—A tu lado.

—No te veo.

—Mientras no hayan transcurrido los cien años,

Digitized by Google

no puedo salir del bosque ni ser visiole. ¿Qué quieres?

—¿Por qué me concediste un don tan malo, á juzgar por los disgustos que me ha ocasionado?

—Pidiólo tu padre guiado por su cariño. El don no es malo, pero sí lo han sido tus deseos, pues jamás los ha dictado la razon sino el capricho, que te ha hecho pasar de un extremo á otro extremo y de una locura á otra locura.

—Mi padre creyó asegurar mi dicha, y he de confesarte que desde que veo realizados todos mis deseos, soy muy desdichado.

—¿Sabes por qué? Porque no has basado la felicidad en el trabajo.

El hijo del herrero recordó lo que el pastor y el campesino le habian dicho y murmuró:

—¡Es verdad! El pastor comía aquel pedazo de pan porque el trabajo le habia abierto el apetito, y como él es la mejor de las salsas, hallé excelentes las sopas de ajos, que estaban más ricas que los manjares más exquisitos. Dime, Hada, ¿qué he de hacer?

—Mira lo que hacen las hormigas é imítalas.

El jóven creyó, como años ántes su padre, que la Hada se burlaba de él y salió cabizbajo del bosque. Al llegar á un campo vió un hormiguero, y recordando lo que habia oido, se detuvo y miró.

Vió que las hormigas llevaban granos de trigo que iban metiendo en un agujero, volviendo á salir luégo en busca de otro grano. Como si la tierra fuese cristal, vió á través de ella que á fuerza de trabajo el depósito de grano iba en aumento, y que termina-

Digitized by Google

da su tarea las hormigas comían con mucho apetito, demostrando con sus movimientos que estaban muy contentas. Despues de comer descansaron y volvieron á su faena. Al anochecer cenaron tambien con apetito y en seguida se durmieron, pasando la noche en un sueño.

El hijo del herrero pensó:

—La Hada me ha dicho: mira lo que hacen las hormigas é imítalas. Comprendo.

Al llegar á su casa no tuvo más deseo que el de trabajar y aumentar su fortuna por medio de la laboriosidad, que era la que, gracias al don de la Hada de morderse la lengua y tener dolor de estómago, habia proporcionado á sus padres los bienes que habia heredado. Dedicóse á la industria y llegó á emplear muchos operarios; y como estaba muy atareado, comía y cenaba con apetito, porque lo mismo que las hormigas trabajaba y tambien como ellas aumentaba su capital; y luégo, al llegar la noche, al igual que las hormigas, la pasaba en un sueño. Y así vivió dichoso muchos años, y ántes de morir dijo á sus hijos:

—Hijos mios: basad vuestra felicidad en el trabajo, que en él la he hallado yo; y no tengais deseos locos y desordenados, porque como yo podeis hallaros expuestos á ser devorados por un oso; y no todos logran librarse de sus dientes y de sus garras.

Digitized by Google

ÍNDICE.

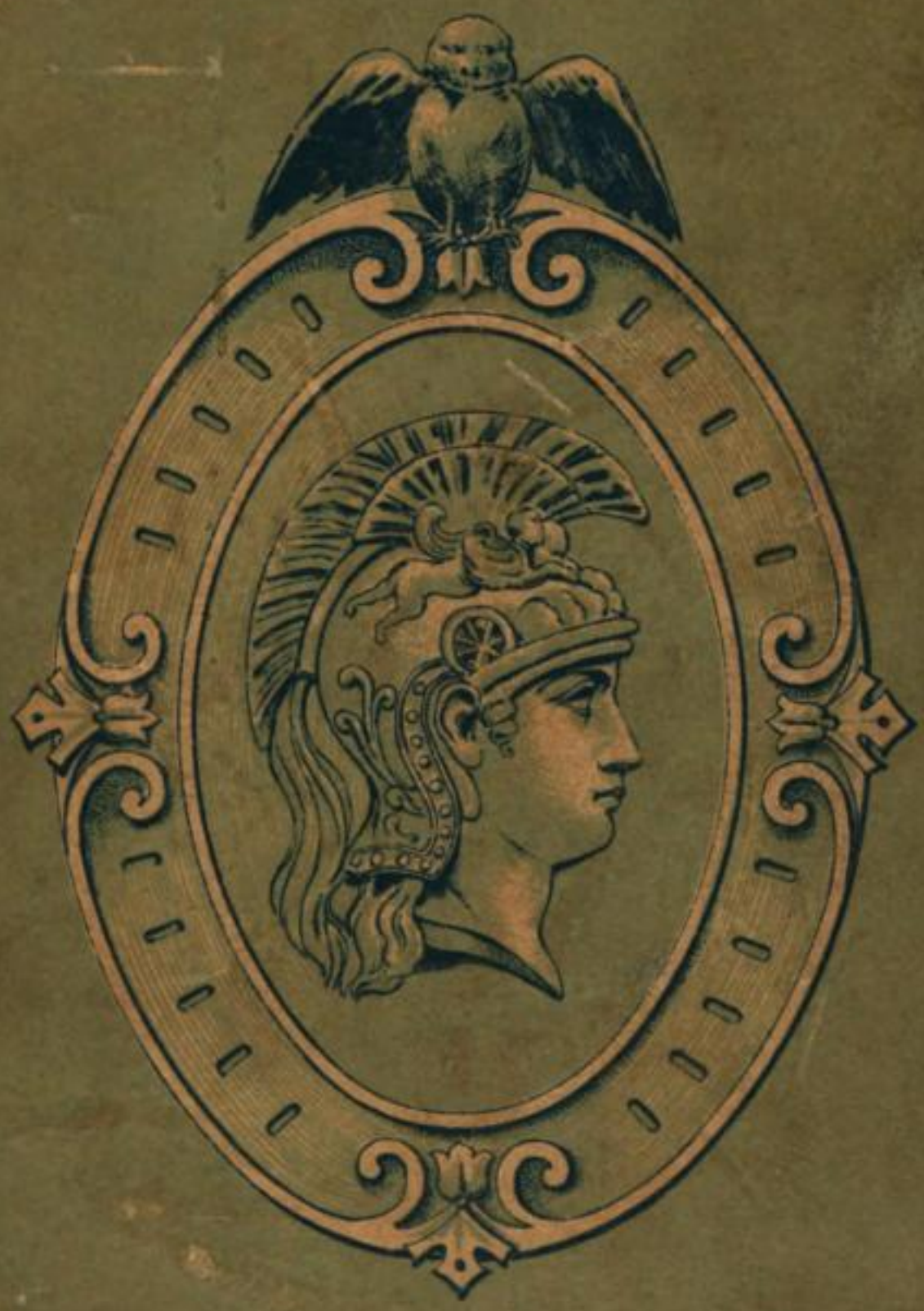
Págs.

Introduccion.. 5
Grisélida. 11
Pellejo de Asno.. 29
Los deseos ridículos. 41
La Hermosa durmiente. 47
Caperucita roja. 61
Barba-Azul. 65
Maese Zapiron ó el gato con botas. 77
Las Hadas. 85
La Cenicienta ó la chinela de cristal.. 91
Roquete dèl Copete. 101
Meñiquin. 113

La Dicha. 129

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google